La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 7 DE DICIEMBRE DE 1891 — NÚM. 519

Con el presente número se reparte LA HISTORIA DE LA GUERRA FRANCO-ALEMANA DE 1870-71, escrita por el conde de Moltke
Primera edición ilustrada que se publica en Europa, acompañada de un mapa para seguir la marcha de las operaciones
El suscriptor á cuyas manos no llegase deberá reclamarla al respectivo corresponsal ó repartidor



ESTATUA ECUESTRE DEL GENERAL GATTAMELATA, en Padua, obra de Donatello

SUMARIO

Texto. – *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. – *El Papa en el Vaticano*, por Eduardo Toda. – *Bonn*, por Juan Fastenrath. – *Nuestros grabados*. – *La hermosa Natalia*, por Carlos Iriarte, con ilustraciones de Marold. – Sección científica: *Soplete de esencia mineral y termo-cauterio*. – *Transporte de paquetes á domicilio por medio de la electricidad*. – *Física recreativa. La prestidigitación descubierta. Las pizarras espiritistas*.

Grabados. – *Estatua ecuestre del general Gattamelata*, en Padua, obra de Donatello. – *La sobrina y el ama de D. Quijote de la Mancha*, cuadro de D. Juan Gilbert (Exposición de la Real Academia de Londres, 1891). – *¡Chist!*, estatua de D. Juan Vancell (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – *Las primeras lecciones*, cuadro de C. von Stetten, grabado por Baude. – *El acaparador de periódicos*, dibujo de F. Coradam. – *Campesina de la Umbría*, cuadro de D. Joaquín Sorolla. – *Portada de San Martín en Salamanca*. – *Un nido de miseria*, cuadro de D. Leopoldo Romañach. – *Doctor D. Andrés Lamas*, ilustre historiógrafo, literato y político americano. Nació en Montevideo en 30 de noviembre de 1817; falleció en Buenos Aires en 23 de septiembre de 1891. – *Estatua de D. Eusebio da Guarda*, erigida en la Coruña, obra del escultor D. Elías Martín, fundida en los talleres de D. Federico Masriera y C.ª, de Barcelona. – Fig. 1. Soplete de esencia mineral de M. Paquelín. – Figura 2. Termo-cauterio, nuevo modelo de M. Paquelín. – Figs. 1 y 2. Las pizarras espiritistas. – *Caza de patos*, cuadro de D. José M. Marqués, adquirido por la Diputación provincial de Barcelona.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El Centenario de Colón y Granada. – Grandes recuerdos históricos asociados al descubrimiento de América. – La rota de los moros y la expulsión de los judíos. – Pueblos viejos y pueblos nuevos. – La China y sus conmociones. – Antiguas industrias eclesiásticas encaminadas á penetrar en China – Los primeros exploradores. – El patriarcado griego en Constantinopla. – El nuevo patriarca. – Conclusión.

I

Por mucho tiempo, durante todo el próximo año, hablaráse del Centenario de Colón entre los pueblos cultos, con especialidad entre los españoles de todos matices y los americanos de todas procedencias. Así no puede maravillarse la solicitud con que acuden muchos municipios en demanda y petición de un reconocimiento público del derecho suyo á la conmemoración gloriosa de antiguas escenas históricas, enlazadas con suceso tan humano y universal como la invención del Nuevo Mundo. En estos mismos días varios comisionados, por todo extremo ilustres, del pueblo granadino han puesto porfiado empeño en la recordación del papel representado por su bella ciudad dentro de tal épico poema viviente, y heles asegurado yo mi pobre concurso en la consecución y logro de su legítimo deseo. Aparte Barcelona, primer glorificadora de Colón, tienen derecho á conmemorar el Centenario Sevilla, donde halló Colón poderosísimos y desinteresados valedores; el Puerto, en cuyas playas vivió largo tiempo junto á sus amigos los Medinacelis; Córdoba, que presenció sus afanes y auxilió con recursos de ilustres familias cordobesas á los vastísimos proyectos y á las audaces investigaciones del descubridor; Málaga y Baza, las cuales en sus asedios le vieron pelear como un soldado; Huelva, de antiguas experiencias marítimas, puestas en la suma de datos reunida por aquella mente creadora para la solución de su problema; La Rábida, primera y principal en darle dos capitales protectores, el guardián de aquel monasterio y el cosmógrafo y médico Garci-Fernández; el Palos, de los Pinzones y del primer viaje; la Vega edénica y la ciudad oriental, testigos tanto de las capitulaciones entre los inmortales monarcas y el ignorado adivino como del costoso y definitivo triunfo alcanzado sobre la superstición por el saber y por el genio. Así como la fe busca las huellas de los reveladores divinos en todas partes, en Jerusalén y en el desierto, debe la ciencia buscar y consagrar los lugares testigos de las glorias allegadas por sus reveladores y por sus mártires. Además los pueblos necesitan saber su historia. Y ninguna ocasión de suyo tan propicia para enseñar á los españoles el conjunto de sus recuerdos como este aniversario, el cual tanto evoca nuestros aciertos como nuestros yerros.

II

En tanto que del torreón de la Vela subían Tendilla y Mendoza, conseguida ya la rendición, aquella su escalera inolvidable, Aixá, Moraima, las mujeres del harén, los príncipes de la sangre, los santones y faquíes del palacio árabe dejaban las estancias donde tantas veces vieran la palabra felicidad grabada en las estalactitas de sus techos, al son de las brisas y de las guzlas, al olor de los pebeteros y de los rosales. Ninguno, entre tales infelices, ninguno se daba cuenta de lo que le sucedía; pero á todos les pasaba lo que á la flor desgajada del tallo, lo que al tallo desgajado del tronco, lo que el tronco desarraigado del suelo. Imaginaos los judíos arrancados á Jerusalén y conducidos al cautiverio de Babilonia; los helenos expulsos por los tártaros de la península y de las islas que á una esmaltaran todos ellos con los cinceles de sus artes y poblaran también con las mariposas de sus inspiraciones y de sus ideas; imaginaos los pueblos todos á quienes un destino adverso condena en sus decretos á dejar el suelo donde se quedan los sepulcros de sus padres y donde se han mecido las cunas de sus hijos; pues ni los trenos de Jeremías llorando la ciudad viuda y solitaria, ni los elegíacos lamentos del clepta viendo su tierra en los lejos del horizonte desde las extranjeras montañas, ni el plañido de los abdibitas sevillanos comparando su río aromado de azahares con las arenas del desierto y sus palacios encantados con las tiendas del aduar y sus jardines inacabables con el oasis estrecho y pobre, pueden compararse al llanto y al sollozo de los granadinos, abandonando aquella tierra de fuego templada por las nieves, aquellos jardines de Asia regados por manantiales y fuentes y arroyos clarísimos, aquella puerta del Edén tras la cual columbrábanse las prometidas huríes y ante la cual se anticipaba el ánimo los goces prometidos en el Paraíso por su religión. Así los unos iban á dar el adiós último á tal ajimez, que les recordaba un sueño de amor; los otros á tal mezquita, bajo cuyas bóvedas habían creído recibir revelaciones del cielo; casi todos á los patios voluptuosos, á las albercas cristalinas, á las celosías recatadas, á los alhamíes multicolores, donde naturalmente dejaban arreboles de su alma y de su vida. El viejo santón, reflexivo y solemne, aún podía recatar sus grandes dolores y ver aquella catástrofe con ojos enjutos y parecidos á esas nubes del estío, las cuales relampaguean y no llueven. Pero los jóvenes de condición guerrera, creyendo que aún alcanzarían vencer al destino, lanzaban toda suerte de maldiciones por aquellas sus bocas cubiertas con espuma de hiel, y las pobres mujeres, incapaces de callar sus sentimientos, proferían en alaridos tales, que poblaban como una tempestad aquellos aires cargados con las evaporaciones de tantas lágrimas no disipadas por los clarines y por el *Tedéum* de la victoria. Al fin, precedidos todos aquellos infelices de largas recuas, sobre las cuales iban sus tesoros más ricos y sus muebles más amados, emprendieron el camino desde Santafé á la Taa de Orgiva, donde iban por el pronto, dando á la ciudad las espaldas. El paso era lento, como de quien huye al objeto amado. Un silencio profundísimo siguió naturalmente á las primeras explosiones y estallidos del dolor amargo. La comitiva, con haberse depurado y reducido todo lo posible, formaba por su número y por su importancia como un pueblo. Y este pueblo se unía indisolublemente, por la inteligencia y por el corazón, á la tierra que iba dejando atrás mal de su grado. El hombre, como compendio de todos los seres, pertenece también á los minerales y á las plantas, y necesita, como éstas, respirar el aire y absorber el jugo de la natal atmósfera y de la tierra natal. Y los fugitivos se creían unos con aquel suelo predilecto; por eso todos los ojos se atristaban como las luces al extinguirse y todas las frentes se caían hacia abajo como las flores al secarse. El paladar no quería otros frutos que los frutos de aquellos huertos, ni las fauces otras aguas que las aguas de aquellos manantiales. El pensamiento se fijaba por modo intuitivo en que hasta el polvo de las vías recorridas se formaba con átomos desprendidos de las generaciones muslímicas allí enterradas. Cada cual pensaba en el sitio consagrado por algún bendito recuerdo, por alguna escena familiar, por la sombra de un ser querido, por la reminiscencia de la vida pasada, por un sollozo, por una oración, por una lágrima. Imposible saber todo cuanto nos une con el terruño á que nos hallamos adheridos hasta después de abandonarlo y de perderlo. Boabdil iba pensando en todas estas cosas conforme se iba dirigiendo á su triste destierro. Caballero en el corcel árabe que montó para salir de Granada, precediéndole su primogénito, á caballo también, á sus dos lados se veían su madre y su mujer, igualmente silenciosas y entristecidas. Quizás por la vez primera de su existencia Moraima no ponía los ojos en Boabdil, sino en todos los objetos de que la separaba su marcha. Por fin, al caer la tarde solemne de aquel día terrible llegó la corte granadina, como en tropel y confusión, al célebre boquete conocido con el nombre de Padul y que separa los valles alpujarreños del valle regado por Darro y por Genil. El sol se iba poniendo tras los montes de Loja. Sus últimos rayos daban destellos de lapislázuli á la sierra Elvira, bruñidos de cristal veneciano á las cumbres nevadas, arreboles rosáceos á los cármenes bordados de nopales, á las torres ceñidas de cresterías, á las mezquitas coronadas con rotondas de porcelanas, á los kioscos del Generalife medio escondidos entre los bosques de mirtos, adelfas y cipreses. El cielo espléndido, el sol fulgurante, las montañas encendidas como volcanes, la Vega inmensa dilatándose hasta donde la vista se dilata, las colinas pobladas por torreones parecidos á corales gigantescos, la ciudad atravesada por el Darro y lamida por el Genil, entreabierta y hermosísima como la fruta de su nombre; los arreboles de aquella tarde, las púrpuras de aquel ocaso, las armonías compuestas por la mezcla del susurro de las arboledas con el rumor de las brisas, los aromas embriagadores, las perspectivas inacabables embellecíanse como á porfía para despedirse y separarse de aquellos sus reyes y señores, los cuales habían completado las grandezas del universo con las inspiraciones del arte. Boabdil al volverse instintivamente para despedirse de aquel suelo, vió de un lado el pico de Muley-Hacem, donde reposaba su padre; de otro lado el hijo de sus entrañas engendrado para tanto paraíso, pero sin poder poseerlo; y uniendo á los recuerdos profanados las esperanzas desvanecidas que cubrían como de duelo aquella tierra milagrosísima, dijo adiós á Granada y lanzó un amargo sollozo que hubiera partido las piedras. Pero no partió el corazón de su madre Aixa, quien guardando su indómita naturaleza y su complexión incontrastable hasta el fin de aquella tragedia, díjole: «Llora como mujer lo que no has sabido guardar y defender como hombre.» Pues aún debían los lamentos de Boabdil perdurar en su recientísimo destierro cuando Colón se partió regocijado á Huelva y Palos con la orden de reunir para su disputada expedición levas marinas y armar investigadoras carabelas. Y en efecto, así como coincidía con la partida de Colón desde Granada á Palos el definitivo triunfo de nuestra España sobre los árabes, coincidía con la partida desde Palos á su primer viaje la expulsión de los últimos judíos restantes en España. Junto á las carabelas que al amanecer llenaban del clamoreo de sus tripulaciones regocijadas, en una mañana del mes de agosto de 1492, el cielo y el mar de Huelva con esperanzas generadoras de un mundo nuevo, pasaban los últimos judíos, cual sombras y espectros de un templo caído y de un mundo muerto, los cuales todavía no han purgado el haber desconocido una revelación del progreso. ¡Ah! *Sunt lacrimæ rerum.*

III

Y puesto que hablamos de naciones viejas y naciones nuevas, no faltaré al ministerio mío de cronista departiendo con mis lectores un poco acerca del Celeste Imperio, cuyos alardeos de intolerancia traen á mal traer las cancillerías europeas, ocupadas en defender sus respectivos naturales y súbditos al incendio y al degüello en que han entrado con furor los chinos. ¡Pueblo incomprensible! Habiéndose adelantado á todos en descubrimientos, dióse tal traza que, inventor de la imprenta, de la pólvora, de la brújula mucho antes que los demás pueblos, hase quedado como inmóvil y rígido en sus invenciones. Y sin embargo, nosotros, los europeos, á pesar de no querer nada con sus personas, resucitamos su filosofía. Sabido es lo que priva Schopenhaüer hace mucho tiempo en la ciencia germánica, y sabido es que Schopenhaüer extrae su filosofía de una religión china, la religión Buda y los budistas. Esta religión provenía de los indios. Pero se diferenciaba tanto del brahmanismo politeísta como pudiera diferenciarse un judío monoteo del persa ó iranio pagano. El budismo no era tanto la religión de Dios como la religión del alma Su dogma capitalísimo y primero estaba reducido á la espiritualidad é inmortalidad del ser invisible que nos anima. Y después de haber proclamado estas dos ideas, tan acordes con todo cuanto nosotros creemos, proclamaba la transmigración de las almas, ó séase una especie de sucesivo paso desde uno á otros cuerpos en progresión ó retrogradación perpetua, según el mérito ó demérito de sus acciones y de sus obras. Mas ¿para qué proclamaba el budismo esta esencialidad y esta superior fuerza del alma humana? Para luego murmurar en sus oídos el suicidio. La suprema felicidad para Buda está en la nirvana, que quiere decir á la postre tanto como la nada. Huyendo los hombres del dolor siempre, han de tener por fuerza una seguridad, la de que únicamente hay dolor en la existencia y en la vida. El que no vive no padece. De aquí la fuga inconsciente que todos los seres toman desde las cumbres del ser y de la vida por necesidad hacia los abismos de la muer-

te. Extinguirse por completo, suicidarse, buscar la no existencia, dormir en la nada, por el aniquilamiento despeñarse hasta el no ser, llegar á un abismo y á un silencio mayores que todos los contenidos en el sepulcro: he aquí la verdadera religión; he ahí la verdadera moral. Creedlo: una doctrina de tal suerte contraria con el ser, una doctrina propagadora del suicidio, no podía, no, dar ni al hombre y menos á la mujer aquella dignidad indispensable para que sea el alma humana un resumen del alma universal y para que la dignidad humana se alce á sus esenciales derechos. Libros que se llaman á sí mismos vehículos para con más ó menos precipitación ir al no ser, no podían dar leyes de vida muy aceptables y sabias. Buda sólo piensa en transportar los seres del océano de dolores donde han caído á la nirvana, ó sea, desde la vida con todas sus manifestaciones á la muerte, y á la muerte completa y eterna. Subir, pensar, extasiarse por medio de la idea en los arquetipos eternos; conocer la santa verdad y de la santa verdad virgen y madre sacar el bien para esparcirlo en todos los mundos y en todos los seres: he aquí la ley moral verdadera, por lo mismo que se halla tan apartada y distante del suicidio prescrito en las religiones chinas como supremo fin de nuestra existencia. El pueblo chino, entregado á la teoría del aniquilamiento, ya que no ha podido suicidarse todo él en masa, por impedírselo propensiones tan poderosas en todas las especies como el instinto de conservación y de reproducción, se quedó en algo á la muerte parecido, en la inmovilidad. Y de aquí su odio al extranjero y su aislamiento del mundo. Para conocerlo hay que engañarlo identificándose, no ya con su modo de pensar, con su modo de ser. Así nadie ha penetrado tanto en China y hala conocido tan bien como los jesuítas.

IV

Las dos misiones características de la Sociedad de Jesús ¡ah! son las dos en la China y el Paraguay respectivamente. Ninguna obra que tanto muestre su grande actividad mezclada con su tenaz constancia, ninguna obra. El Africa yerma y estéril, como el Asia henchida de recuerdos y la joven América de grandiosas esperanzas henchida, fueron á una en la malla espesa del complicado y difícil organismo jesuítico envueltas. Sus misiones pasman por lo rápidas, y sus triunfos de no haber sido en su mayoría tan fugaces apenas podrían hoy, no ya creerse, pero ni siquiera imaginarse por la fantasía más exaltada. La vehemencia de los supersticiosos mézclase por verdadero milagro en ellos con la perfidia de los estadistas. Ningún mártir capaz de llegar á tanta exaltación y ningún político, ninguno, capaz de tantas previsiones y cálculos. Las contradicciones más dispares mézclanse con asombro del mundo en la obra maravillosa de estos apóstoles. Jamás estuvieron tan cerca la abnegación y la habilidad. Es cierto que algunas veces apelaron á la jurisdicción política de los gobernadores y á la fuerza incontrastable de las armas, cual hizo en Goa San Francisco Javier; pero también es cierto que otras muchas veces sólo tuvieron para defensa y para su propaganda la palabra y la idea, como para premio de sus obras y para lustre de sus nombres el sacrificio y el martirio. Cierto también que muchas veces atendían estos misioneros materialistas antes á un bautizo externo que á una interna convicción. Bastábales con que los labios declararan la verdad religiosa del Evangelio, aunque tal declaración jamás llegase á los hondos senos del alma, donde verdaderamente arraiga toda idea religiosa. Cinco años duraron los viajes de Francisco Javier, cinco años en que no descansó una hora su febril inquietud. Ya le sirvieron de apoyo las armas de las milicias portuguesas, ya el poder de las autoridades políticas y civiles de aquella monarquía; pero muchas otras veces fiólo todo al milagroso efecto de su palabra y á la virtud creadora de su ejemplo. Y fuesen sus motivos y sus actos los que quiera, no puede dudarse, no, de su aptitud, sobrenatural cuasi, para iniciar esas peregrinaciones religiosas y evangélicas, las cuales pasmaban más que convencían á los pueblos, y por cierto tiempo los inclinaban á una doctrina con propensiones invencibles, aunque pasajeras; pues al fin y al cabo reinaban con su imperio natural sobre aquellas tribus el temperamento propio, la religión recibida, la naturaleza externa y las supersticiones históricas. Hasta en las obras y empeños del apostolado asiático se muestra la índole de los jesuítas mundana y ascética, vehemente y hábil, con presentimientos proféticos y cálculos matemáticos, mezcla informe de abnegación individual y de tristísimo egoísmo. Nada tan curioso en la historia del mundo como el método empleado por el jesuíta Ricci para influir en costumbres tan arraigadas como las costumbres chinas y en Imperio tan misterioso como el Celeste Imperio. Grande tentación para estos apóstoles con mezcla de aventureros el saltar la muralla ideada por seculares y antiguos recelos para sorprender los misterios de una religión cercana de suyo al seno de la naturaleza y cristianizar unas castas en las cuales dominaba el antiguo espíritu asiático y las ideas teológicas engendradas en las entrañas mismas de aquella vieja tierra ó bajadas como gotas de lluvia del seno de su atmósfera. Ricci es el tipo acabado, más aún que San Francisco Javier, de la propaganda jesuítica. Deseoso naturalmente de sorprender y sojuzgar aquella sociedad con delicadezas de cultura y achaques de barbarie, desciñóse la vestimenta de jesuíta y ciñóse la vestimenta de mandarín. El austero hijo de Loyola, envuelto como un cadáver en su negra sotana, mortaja más que vestidura, ciñóse los multicolores trajes y las vistosas insignias del mandarín chino. Y conociendo cómo las ciencias privaban allí entre aquellas gentes, comenzó por propinarles enseñanzas matemáticas para concluir por propinarles enseñanzas religiosas. El cielo era el libro de tales razas y al cielo mismo les convirtió sus ojos, á fin de que allí estudiasen como un proemio de las revelaciones evangélicas. Convencido profundamente de que necesitaba muchas trazas antes que muchas ideas para persua-

LA SOBRINA Y EL AMA DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA, cuadro de D. Juan Gilbert
(Exposición de la Real Academia de Londres, 1891)

dir á los pueblos que viven allá en los albores de la historia y en los confines del Oriente, dijo como su Evangelio no era un original y singular libro, sino la renovación de los libros antiguos de Confucio. Moral sencilla, teología positiva, espíritu práctico; he ahí las grandes cualidades reconocidas por la historia en el revelador asiático. Y los jesuítas idearon un sistema en consonancia completa y en relación estrechísima con todos estos caracteres históricos de una obra verdaderamente secular. Los ritos antiguos mezclábanse á los ritos cristianos; la idea de un Dios sin el complemento de la Trinidad ni las jerarquías de los ángeles brotaba del seno de todas aquellas sus afirmaciones como dogma común á todos los cultos; buscábase más la virtud moral que la verdad dogmática; y se concluía, sin decirlo, en que una vida de pureza y un hábito continuo de practicar el bien concluyen por allegar tanto la salud eterna como la salud temporal á los hombres verdaderamente religiosos. Así es que la escuela jesuítica no tenía escrúpulo, cuando se lo aconsejaba la necesidad de su propaganda y se lo imponía el deber de su apostolado, en buscar un fondo común de doctrina que conviniese á todas las religiones y que preparase á todos los religiosos para la profesión de las ideas y para la práctica del bien. Lo cierto es que llegaron á la corte misma del emperador y tuvieron con él una gran privanza. Los calendarios chinos para el palacio imperial fueron redactados por los misioneros, quienes predicaban libremente, á cambio de tan claros servicios, la verdad evangélica. Chunt-Chi fué por entonces el verdadero protector de los jesuítas, quienes le amaestraron, así en la astronomía como en la óptica europea; le proveyeron de cañones fabricados á nuestra usanza, y le dejaron más de ciento cincuenta obras para su biblioteca, escritas todas ellas en chino corriente. Necesitóse la febril actividad, la constante perseverancia, la increíble destreza y hasta la perfidia misma de los jesuítas para entrar y residir allí, donde se consideraba crimen la extranjería y criminales á los extranjeros. Bien es verdad que aquellos hombres tan desasidos del mundo en general se asían á las prácticas de la región que habitaban con una grande y extrema flexibilidad. ¿No podrían los colonizadores modernos copiar un poco de tal destreza?

V

Vamos á otro negocio de importancia europea, con carácter eclesiástico también: al recientísimo nombramiento de patriarca ecuménico en Constantinopla. Parece imposible y es verdad: el califa de los musulmanes proclama en la ciudad inmortal de Constantino al jefe supremo de los cristianos orientales. El santo Sínodo propone; pero nombra el sultán. Aquella corporación eclesiástica tiene un derecho análogo al de nuestros gobiernos en la provisión de obispados, la presentación; este sumo imperante, aunque infiel, un derecho análogo al de nuestros pontífices, el nombramiento. Los candidatos eran un obispo de la famosa Heraclea, muy batallador, y otro de la silla de Derkon, más transigente. Las dos propuestas ha borrado el Gran Señor en prueba de su autoridad eminente sobre la Iglesia griega. Y él mismo ha elegido su candidato, designándolo al voto y elección de los eclesiásticos helenos. Ha sido éste monseñor Neophitos, obispo de Nicópolys, acepto al jefe de los creyentes musulmanes por sus complacencias con él en la dirección de una iglesia metropolitana de Bulgaria durante la guerra con Rusia. Los griegos le quieren por su ortodoxia, y los búlgaros, correligionarios y enemigos á un tiempo de los griegos, le quieren también por compatriota suyo y por no haber hablado nunca su madre la hermosísima lengua del Peloponeso. Estos hechos hanme recordado las tristes causas que trajeron el cisma de Oriente y separaron á Roma de Constantinopla, causas que apuntaré aquí en observancia de un sistema viejo mío, consistente de suyo en unir los hechos diarios con los hechos pasados, para que se vea cómo duran las ideas y las instituciones en el seno de la humanidad, y cómo lo presente de lo pasado en esta vida proviene. Corría el año 1054, y desempeñaba el patriarcado de Constantinopla Miguel Cerulario, arzobispo inquieto y ambicioso. No bien exaltado á la sede patriarcal, publicó devoto escrito contra la sede pontificia. El papa León IX contestó á esto con los reproches siguientes: «que el patriarca de Constantinopla osaba tomar el título de ecuménico en abierto desacato á la sede apostólica; que permitía á casados abrazar el sacerdocio conservando la mujer; que borraba del símbolo de Nicea la palabra *filioque*, en el símbolo de Nicea contenida; que observaba las purificaciones judaicas negando la comunión á las recién paridas; que desconocía la virtud del bautismo latino y lo completaba con el bautismo griego; que vendía y compraba los dones de Dios como los más terribles simoníacos; que admitía los eunucos al sacerdocio; que empleaba pan con levadura en la hostia; que borraba de los dípticos orientales los nombres de los papas romanos; que decía terminantemente á la Iglesia griega la única Iglesia católica; que cerraba los templos latinos en Constantinopla; que sentía una enemiga implacable á la jurisdicción y á la soberanía de los pontífices. Así, pues, el papa León IX envió delegados á Constantinopla con expreso encargo de excomulgar al patriarca Miguel Cerulario. En efecto, presentáronse en la ciudad griega y dijeron el terrible anatema. El falso patriarca Miguel, admitido en la Iglesia por la prevaricación, según el sentir y el hablar de los pontífices, y conservado por la simonía, indigno neófito y eterno prevericador, manchado con gran número de crímenes, caía bajo los anatemas con que la Iglesia condena siempre á los herejes y á los simoníacos y los manda al infierno en compañía del demonio y de los ángeles protervos. Y no se contentaron los legados con esta excomunión ruidosa, sino que dirigiéndose al emperador bizantino, le amenazaron á su vez con calificarlo de procimita, es decir, mezclador de la levadura al pan eucarístico, herejía muy aborrecida de la Iglesia romana. Existen contra la narración que acabamos de apuntar grandes y valederas objeciones presentadas por parte de los historiadores eclesiásticos griegos. Según éstos, los legados no excomulgaron al patriarca en su presencia, ni dijeron al emperador las anteriores amenazas. Informados de todo cuanto pasaba, guardaron profunda reserva, y dirigieron sus exaltadas excomuniones á la salida de Constantinopla. Accidental todo esto, lo esencialísimo es que las dos Iglesias se dividieron en tiempo del papa León IX y del patriarca Miguel Cerulario para no volver jamás á reunirse, por lo menos hasta nuestros mismos días. Pocos papas ofrece la historia de Roma y pocos patriarcas la historia de Constantinopla que deban calificarse de tan baladíes é insignificantes como los dos célebres á cuyos nombres va unido el terrible cisma de Oriente. León IX aparece á los ojos de la posteridad como un caballero feudal sin entrañas, y Miguel Cerulario como un cortesano bizantino sin conciencia. Instrumento del emperador Enrique III aquél, sólo se curaba de sus placeres, teniendo olvidados por completo el catolicismo y la alta dignidad del catolicismo proveniente y por su persona representada; y este patriarca oriental pasaba su vida en conspirar con los pretendientes y en oprimirlos cuando salían victoriosas las conspiraciones, vestido de púrpura y calzado de perlas, como un profano césar, representando así ambos á dos la vileza de la decadencia y la corrupción de grandes y veneradas tradiciones. Lo cierto es que el cisma se consumó y que, á consecuencia del cisma, los griegos ortodoxos pudieron huirse de los papas romanos en el siglo undécimo para caer cuatro siglos más tarde bajo la férula de los sultanes, terrible servidumbre, la cual dura todavía, pues la sublime puerta nombra hoy los patriarcas de Constantinopla. *Sic fata voluere.*

Madrid 27 de noviembre de 1891.



¡CHIST!, estatua de D. Juan Vancell. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

EL PAPA EN EL VATICANO

Líbreme Dios de jamás dedicar mi tiempo á inoportunas cuestiones de religión ó dogma. Aparte de que las polémicas de este género á nadie convencen, harto se ha evidenciado en nuestros días cómo las ideas religiosas que descienden en campo abierto se trocan con frecuencia en banderas de partido, provocando con su lucha activa todas las divisiones y todas las intransigencias. La fe serena y tranquila, que se alberga en el interior de la conciencia ó en el fondo del corazón, huye el debate y guarda celoso retiro donde ni la miren ni la empañen. Dejémosla, pues, en el casto y virginal reposo que nunca debiera turbarse ni ofenderse.

Porque á nadie quiero ofender yo, pobre viajero que en largas expediciones á todos los países del globo, he sacado como primero y más importante fruto de mis correrías la tolerancia á todos los principios, por extraños ó singulares que en mi fuero interno me parezcan. Pisé los umbrales de las mezquitas africanas, dejando reverentemente mis zapatos al guardián de la puerta: compré tres bastones de incienso para perfumar la pagoda del dios budista en el extremo Oriente: adoré el tabernáculo en la sinagoga judía, y tuve en la mano, durante dos horas, el libro de salmos que se cantaban en el templo protestante, y el cirio rojo en el templo ortodoxo al celebrarse el banquete eucarístico de pan y vino. Al llegar á Roma quise visitar al Papa, conocer su morada, admirar los esplendores de su corte y el fausto de su culto, y

para conseguirlo fuí al Vaticano con el vestido de gala de mi oficio, el respeto en la conciencia, la seriedad en la frente, decidido á ver en León XIII á la Santidad exaltada y á la Soberanía caída, al augusto prisionero cuyas manos besé y á cuyos pies caí humillado.

Al consignar mis impresiones en el papel que ahora tengo delante, no he de hacer traición á estos sentimientos de respeto que dominan y gobiernan mi carácter. Jamás olvidaré á aquel anciano de venerable figura, volviendo hacia mí su mano para atraer las bendiciones del cielo sobre mi cabeza; y la frente que se hundió en el polvo de la capilla Sixtina ante el augusto símbolo de universal creencia, no ha de erguirse aquí cobarde para menospreciarle ó combatirle. Quizás aún, registrando los pliegues más íntimos del alma, hallara en su fondo amarga pena al ver que en las horas borrascosas de agitada juventud pude desertar esa bandera.


LAS PRIMERAS LECCIONES, cuadro de C. Von Stetten, grabado por Baude

Vayamos al Vaticano para ver al Papa en sus fiestas y ceremonias: recorramos las extensas galerías y los anchos salones convertidos en museos donde se conservan los tesoros más preciados de la antigüedad y del arte: entremos luego en los archivos y en la biblioteca, centros de información y depósitos de ciencia que no tienen igual en el mundo: bajemos á San Pedro, para ver sus naves y su cúpula, sus espléndidos altares y sus magníficos mausoleos. Sólo nos moverán el interés del viajero que contempla obras de otros tiempos y el sentimiento del artista que admira monumentos de otras épocas.

El Vaticano está abierto á todo el mundo. En su puerta exterior descansan perezosamente algunos suizos, vestidos con el pintoresco traje que dibujara Miguel Angel. Cuando se les dirige alguna pregunta suelen contestar con urbanidad, y aun se prestan

á acompañar al visitante que busca alguno de los innumerables monseñores alojados en el palacio. Las galerías que sirven de paso para sus habitaciones, las de las oficinas, la biblioteca y los archivos son accesibles á todos los visitantes del Vaticano.

No lo es tanto la augusta persona que reina como soberano en los estrechos límites de su palacio y sus jardines. Vive el Papa retirado en modestísimas habitaciones donde nadie entra: en su cuarto de dormir, forrado de amarilla seda, se oculta detrás de una cortina el blanco lecho y un reclinatorio: al lado hay una pequeña capilla donde el pontífice suele decir misa á las siete de la mañana sin más compañía que la de su camarero. La reclusión de aquel recinto es completa y absoluta.

Sin embargo, con alguna frecuencia el Papa suele cambiar su modesta capilla privada por el oratorio contiguo al salón de guardias nobles, donde previa invitación particular son recibidas algunas personas. Allí celebra el santo sacrificio, ante el hermoso cuadro de la Natividad que pintara Romanelli, y se le ve subir y bajar penosamente las gradas del altar, sostenido por dos camareros secretos, recitando las preces canónicas con voz clara y breve que desmintiera sus muchos años, si al propio tiempo no se contemplara su vacilante cuerpo y su demacrado rostro.

León XIII apenas recibe visitas. Fatíganle las exigencias de la vida cortesana, y no gusta de ofrecerse en espectáculo al crecido número de curiosos y viajeros que todos los años visitan la capital del orbe católico. Enciérrase pronto en sus habitaciones: vive frugalmente, pasea un poco por las tardes en los reservados del jardín, y dedica el resto del tiempo á la lectura de su correspondencia, al despacho de los asuntos urgentes y personales y á la concepción y elaboración de esas encíclicas que de vez en cuando aparecen ofreciéndose como empírico remedio para resolver los modernos problemas políticos y sociales.

Pero diríase que el Papa siente de vez en cuando la nostalgia de las grandes ceremonias, y las ofrece al público siempre que tiene para ello ocasión propicia. Los procesos de canonización ó de beatificación y las peregrinaciones de fieles que en invierno acuden á su palacio, son con frecuencia verdaderos días de fiesta para el Vaticano, que se adorna con sus mejores galas y abre de par en par las puertas de sus grandiosos salones y artísticas capillas.

Por vez primera hace tres años asistí á una solemnidad de este género, y he de conservar toda mi vida el recuerdo de la ostentosa ceremonia. Se efectuaba la beatificación de una religiosa española, natural de Beniganim en la provincia de Valencia. Vivió en el siglo XVII, y pasó la mayor parte de sus días al abrigo del claustro en el convento de monjas agustinas de su aldea natal, cobrando merecida fama por su piedad y devoción, al par que extenso crédito por las virtudes sobrenaturales que las gentes concedieron á sus plegarias y oraciones. Se llamaba Teresa Albiñana y Gomar; profesó en 1645, tomando el nombre de Josefa María de Santa Inés, y murió en 1696, mejor conocida por el nombre con que pasó á la posteridad y ha sido beatificada: Inés de Beniganim.

Su historia es la eterna de esas mujeres que han huído el fragor de la vida para librarse á las torturas del cuerpo y á los sufrimientos del alma en la soledad de la clausura. La madre Inés se entregó entera á la mortificación y á la penitencia. Monja de pueblo era y se mantuvo siempre, y ello bastóle para que el eco de su virtud llegara á los más apartados rincones de la comarca valenciana, y su carácter se viera pronto adornado con la aureola de santidad que dos siglos más tarde le ha reconocido Roma.

Inés de Beniganim es una Beata y pronto será una Santa. Su imagen se halla en el altar, á sus pies arde el incienso, y confundida entre ángeles y serafines escucha las oraciones que sacerdotes y fieles le dirigen en demanda de su gracia. No cabe ya dudar de que el alma de la bienaventurada está en el cielo al lado del Señor: la sentencia de un proceso canónico abierto hace ocho años, así lo ha declarado por sentencia definitiva y ejecutoria.

En autos se ha probado que el poder divino de hacer milagros residió en la monja durante su vida, y que merced á sus oraciones sanaron los enfermos, se libraron de la esclavitud los cautivos, multiplicáronse los alimentos en época de carestía, hallaron su camino los extraviados por el monte, y hasta se domesticaron los animales y se ablandó la piedra. Y Dios le dispensó sus favores, lo mismo durante su existencia en esta terrena vida, que al recordar su memoria después de su muerte, porque hasta en nuestros días ha bastado algunas veces la sola invocación de su nombre para hacer un milagro. Un día, Miguel Martínez cae en un pozo en Beniganim: su tía Vicenta presencia la desgracia y corre á avisar á la madre de la víctima, Josefa María Cuquerella, la cual animada por celeste inspiración, con sincera fe implora la protección de la Beata. A los gritos de las mujeres acuden los vecinos, y un joven, Ramón Pastor, desciende al pozo atado con una cuerda, pero en el momento de pescar á Martínez recibe una avalancha de piedras desprendidas de los muros y debe soltar su presa; mas de nuevo se zambulle en el agua y esta vez saca á la víctima, que aparece alegre, risueña y con los colores naturales en las mejillas. Esta contó luego que una hermosa joven, vestida de negro y con blanco velo en la cabeza, le sostuvo sobre las aguas: era la monja Inés. Esto ocurría en España en 1875 y se ha declarado como probado por la Sacra Congregación de los Ritos de Roma.

Decía antes que en el Vaticano se efectuó la ceremonia de la beatificación. Ocupó dos sesiones. A las nueve de la mañana empezó la primera, abriéndose las puertas de la moderna capilla construída por orden de León XIII detrás de la galería principal de la fachada de San Pedro. Hallábase la iglesia adornada con sus mejores galas: arañas de tres cuerpos cubiertas de cirios pendían del techo, y numerosos hachones ardían en fila á lo largo de las cornisas del templo. Ocupaba el altar mayor una gloria resplandeciente de oro y luz, destacándose en su centro la imagen de Inés de Beniganim, vestida con la blanca toca y el hábito negro de las religiosas agustinas, teniendo un Cristo delante y una doctrina en la mano, abierta en el capítulo de la Penitencia. Se aprovecharon los intercolumnios de la nave para levantar tribunas reservadas á los personajes más distinguidos que debían concurrir á la fiesta, es decir, á los Príncipes romanos, á los Superiores de las religiones y al cuerpo diplomático.

La entrada era por medio de papeletas, que se repartieron con la advertencia impresa de que los hombres debían presentarse de frac y corbata blanca, y las mujeres de negro, con velo. La turba suelta de convidados hubo de situarse de pie en la mitad inferior del templo, siendo contenida por doble fila de alabarderos suizos que dejaban expedita la comunicación del pasillo central. En la parte superior había dos bancos para los cardenales, los canónigos de San Pedro y los de San Juan de Letrán, y en su centro se destacaba un rico reclinatorio de raso blanco bordado en oro, destinado al Pontífice. Este sin embargo no concurrió á la fiesta de la mañana, que fué sencilla, aunque larga, pues sólo consistió en la lectura del Breve de beatificación *Virginem illud agmen*, firmado el 21 de febrero de 1888, y en la celebración de una misa solemne en honor de la nueva Beata.

A las cuatro de la tarde prosiguió la ceremonia, en esta ocasión con asistencia de León XIII. No cabía una persona más en la ancha nave, y eran muchísimas las que se agolpaban en los corredores y salas por donde debía pasar el Papa, cuando éste se presentó custodiado entre dos filas de soldados de su guardia. Larga procesión formaba su cortejo, precedido por la cruz y acompañado de cardenales, canónigos, abades, camareros, frailes y suizos. El Pontífice iba en su silla gestatoria, entre abanicos de orientales plumas, rodeado por gendarmes con la espada en la mano. León XIII se adelantó resuelto hacia el reclinatorio, y hundiendo la frente en las manos, empezó á recitar sentidas oraciones que habrían sido interminables si uno de los mayordomos no distrajese su atención recordándole la presencia del pueblo que esperaba ser bendecido. En tanto tres frailes agustinos repartían entre los cardenales y altos dignatarios de la Iglesia láminas con el retrato de la Beata y la biografía de su vida, escrita en italiano por el Protonotario apostólico.

Levantóse el Papa. La venerable figura de aquel anciano se destacaba en el animado cuadro, con su solideo blanco, la larga túnica del mismo color y la muceta de rojo armiño, en medio de los burdos hábitos pardos ó negros de los frailes que le rodeaban. Los más inmediatos se abalanzaron á él para recibir su bendición y besar su mano, y tres agustinos le pidieron de rodillas que santificara un hueso de la Beata, encerrado en rico relicario de plata que tenían en la mano. León XIII se detuvo unos minutos ante aquel grupo, habló á los religiosos de la gracia de Inés, exhortóles á que imitaran sus virtudes, y acabó llevando á sus labios la hermosa reliquia, de tal manera consagrada por el sucesor de Cristo en la tierra.

A las cinco se retiró el Papa repartiendo bendiciones á los asistentes, que doblaban la frente y la rodilla á su paso. De pronto oyóse una nutrida salva de aplausos, sostenida hasta la salida fuera del templo de toda la comitiva pontifical. La fiesta no había aún concluído, pues empezóse un oficio nocturno, pero la iglesia quedó en poco tiempo desierta.

He indicado que era aquella la vez primera que asistía á tales ceremonias, y fijé mi atención en todos sus detalles para mejor apreciar el fondo de su carácter. Y á decir verdad, no me causó la impresión que esperaba. Es aquella una fiesta de beatificación, es decir, destinada á ceñir la corona de la inmortalidad en la gloria á quien padeció muchos dolores en obscura vida pasada en la tierra: ábrense los rituales para incluir en sus listas á un elegido más, y desde entonces la Iglesia deberá dedicar solemnidades, y el sacerdote elevar incienso, y el creyente recitar preces al Beato en el seno del Señor. Pues todas estas ceremonias tienen gran importancia cuando el Papa se presenta en la capilla: la pierden cuando se retira de ella. Y las masas que van á hincar la rodilla en las losas del templo, están formadas en gran mayoría por simples curiosos.

Curiosos, para no calificarlos con más acerba frase. Basta ver, y os convenceréis de ello, á aquellos individuos quitándose los guantes para mejor manejar los anteojos de teatro que todos llevan. Van allí, como irán luego á la Argentina para oir la tiple del día, ó á Metastasio á contemplar las torneadas formas de las primeras bailarinas. No faltan creyentes, pero están en minoría: son esos escuálidos frailes con la cruz roja y azul en el brazo ó las barras catalanas en el pecho, por nosotros mejor que por nadie conocidos como trinitarios ó mercenarios: son esas Hermanas de la Caridad que al salir del Vaticano creen bajar del cielo: son los infelices sacerdotes del último estado, sencillos y exaltados, que se precipitan á besar el polvo de la huella que dejó el Papa. Pero todos estos son los menos: el público está compuesto de curiosos. ¡Si muchos de ellos hasta han pagado la entrada al portero de su fonda ó á algún cicerone en las gradas de San Pedro!

Teatral, más que imponente, es el espectáculo que allí se presencia, desde el cortejo de magnates eclesiásticos que acompaña al Pontífice, hasta los gendarmes con lucientes cascos y largas espadas que le rodean y los suizos de abigarrado traje que contienen la multitud con sus lanzas ó con sus puños. Guardias nobles con golilla y capa negra, ujieres vestidos de encarnado, zuavos en dobles filas con el remington al brazo, granaderos de peluda gorra que parecen haber resucitado de los campos de Waterloo, todos son actores ó partes decorativas en la función que agrada y entretiene. Pero no elevéis la vista al cielo, ni queráis allí entregaros á la meditación y á la plegaria, porque vendría á distraeros aquel hermoso y variado consorcio de sacerdotes y soldados, y turbaría el silencio de vuestras oraciones el ruido de los aplausos y los vítores con que se saluda al Papa.

Mas, en la ocasión que he descrito, salí contento del Vaticano. Habíalo visto engalanado en honor de una paisana, y esto satisfizo mi amor propio nacional, pues se quiere más á la patria cuando se vive lejos de ella.

EDUARDO TODA

BONN

Siempre el estudiante hará votos para que la Universidad á que pertenece *viva, florezca y crezca*, y el amor que profesa á la que llama *alma mater* se extienda también sobre la ciudad, sobre todo cuando ésta es hija del mágico Rhin, á cuyas orillas perfumadas y llenas de sol se desliza la vida tan dulce, resonando las campanas y las canciones, encantándonos los añejos castillos, reflejándose en las ondas capillas y catedrales, perfumando el ambiente y dilatando el alma el aroma de las rosas y de las vides. «Quisiera estar perpetuamente en *Bonn*,» dice con sobrada razón la copla estudiantil. Como alumno de la Universidad de Bonn en 1856 y 57, saludo reverente y cariñosamente al ilustre Claustro y á la hermosa ciudad de Bonn, que cuenta entre los estudiantes de su Universidad dos emperadores, Federico III y Guillermo II. Bonn, cuyos habitantes tienen ese carácter espontáneo de tendencia abierta y alegre que se encuentra por doquier en la comarca rhiniana, es el idolatrado Santiago de Compostela de los alemanes; pues allí vivió y murió el más germano de los germanos, Ernesto Mauricio Arndt, que escribió nuestros más inspirados cantos bélicos; allí nacieron las poesías del cantador de la vida rhiniana, Carlos José Simrock, que resucitó nuestras epopeyas; allí residieron y exhalaron su alma los prohombres del arte alemán, los hermanos Melchor y Sulpicio Boisserée. Y sobre Bonn flota también el genio de la música, pues aquel severo paraje meció la cuna del maestro sublime, el sin par Beethoven, cuyos padres de origen holandés trasladaron su residencia á Bonn en el siglo XVIII en que los holandeses enterraban la ciudad, y en el camposanto viejo de Bonn descansa Roberto Schumann, que antes de bajar al sepulcro

se sumergió en las sombras de la locura.

El español pronunciará siempre con gratitud y admiración el nombre de Federico Díez y de Augusto Guillermo Schlegel, que ilustraron las aulas de la Universidad rhiniana.

El arqueólogo y el poeta pueden llenar su álbum de apuntes y su alma de estéticos placeres al visitar á Bonn, la vetusta ciudad de los sabios, que ofrece la vista más bella sobre la corona del Rhin; los Siete Montes que pareciendo siete castillos naturales guardan al Bajo Rhin y nos hablan de Siegfried, el héroe de la *Peña de Dragón*, mientras los hermosos escombros del castillo de Godesberg recuerdan á Wotán y las pintorescas ruinas del Arco de Roldán traen á la memoria al paladín de Carlomagno.

¡Cuántas lindísimas casas de campo, qué de quintas tan frescas hay en Bonn y en sus hermosas cercanías, formando una florida guirnalda de jardines en que se deslíen en primorosos tintes todos los matices y tonos más suaves del iris! Dicen que Trajano tenía una *villa* en el pueblecito llamado Dransdorf, que se encuentra en el Vorgebirge. La empeatriz Helena, la madre de Constantino, vivió en Bonn y construyó, según la tradición, la catedral, y cuando Carlomagno emprendió su campaña contra los sajones pasaba por Bonn. Esta fué la madrina de la primera fundación del imperio alemán, invitando Enrique I en 921 al rey de los francos, Carlos el Cándido, á Bonn para que en territorio neutral, en un buque en medio del Rhin, se determinasen las fronteras de ambos reinos. Dos veces vió Bonn las galas de una coronación, siendo coronado en sus muros el 25 de noviembre de 1314 Federico el Hermoso de Austria y en 1346 el emperador Carlos IV. Desde 1267 en que ocupaba la silla arzobispal Engelberto II, conde de Falkenburg, á 1794 tuvieron su corte espléndida en esta ciudad los arzobispos de Colonia. Al Elector Clemente Augusto, cuyo reinado duró de 1723 á 1761, le debe Bonn su palacio con el precioso y extenso jardín, sus casas consistoriales, el palacio de Poppelsdorf



EL ACAPARADOR DE PERIÓDICOS, dibujo de F. Coradam

con su hermoso jardín y su sin igual alameda, y la alameda denominada Baumschule, y el templo del Elector alentaba á los ciudadanos á imitarle. El último Elector, el archiduque de Austria, Maximiliano Francisco, hermano del emperador José II y protector de las ciencias y de las artes, inauguró en 1786 la Universidad en el espacioso palacio de Bonn.

Antes de emprender su campaña de Rusia, tenía Napoleón en 1811 una revista en la alameda de Poppelsdorf. Detrás del palacio del mismo nombre se levanta el Krenzberg con su capilla y su precioso panorama que se extiende hasta la catedral de Colonia. Pero la plataforma llamada *Alter Zoll* (Aduana Vieja) presenta la vista más magnífica: vense la alameda del Rhin, los Siete Montes, la encomienda de Ramersdorf, la abadía de Siegburgo, la colina de Godesberg, las cumbres de Rolandseck y del Vorgebirge.

Cerca del *Alter Zoll* se encuentra la calle más bella de Bonn, la de Coblenza, donde está la casa de Arndt. En la calle de Bonn, núm. 25, vió la luz primera el inmortal Beethoven. En 1889 se estableció una asociación de apasionados del gran músico que compró aquella memorable casa para consagrarla á la memoria del divino maestro.

Cerca de las casas consistoriales, enfrente de la pirámide del Mercado, en torno de la cual los estudiantes suelen hacer sus ruidosas manifestaciones y entonar su *Gaudeamus igitur*, se encuentra la renombrada fonda *La estrella de oro*. En la mesa redonda de aquella casa se pudo ver, pocos años hace, al catedrático Delins, el conocedor más profundo de Shakespeare, que vivía en Bonn tan solitario como Schopenhaüer en Francfort.

El gobierno de Prusia tuvo el mérito de resucitar en 1818 la Universidad.

Bonn es un verjel que con sus dulces trinos recrean los pájaros cantores, y para mí es la ciudad de los recuerdos, la cuna de mis ensueños, el foco en que se encendió mi amor inextinguible á Calderón.

JUAN FASTENRATH

CAMPESINA DE LA UMBRÍA, cuadro de J. Sorolla



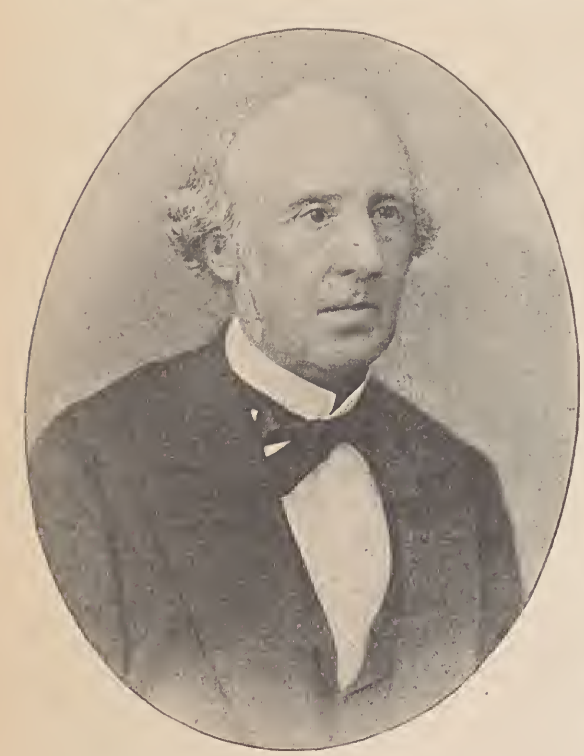
SALAMANCA.-PORTADA DE LA IGLESIA DE SAN MARTÍN



UN NIDO DE MISERIA, cuadro de D. Leopoldo Romañach

NUESTROS GRABADOS

Dr. D. Andrés Lamas. – El doctor Lamas nació en Montevideo en 30 de noviembre de 1817 y á los veintiún años desempeñaba ya el difícil cargo de jefe de policía de dicha ciudad. Mezclado en los asuntos políticos de su patria desde la edad de quince años, sirvió en el estado mayor de Ribera, en



DR. D. ANDRÉS LAMAS

Ilustre historiógrafo, literato y político americano
Nació en Montevideo en 30 de noviembre de 1817; falleció en Buenos Aires en 23 de septiembre de 1891

los ministerios, en la Cámara, en los Consejos del gobierno, en los clubs y en la diplomacia.

Imposible es encerrar en los estrechos límites de esta sección los hechos culminantes de este ilustre americano que sobresalió como militar, político, estadista, diplomático, escritor, jurisconsulto, bibliófilo, numismático, anticuario y por encima de todo como pensador profundo y observador sagaz.

Ha muerto á los setenta y cuatro años, dejando una biblioteca americana de incuestionable valor, quizás la más nutrida y mejor organizada de la América latina, y una verdadera riqueza en pergaminos, autógrafos, monedas y medallas.

Entre las muchas y valiosísimas obras que deja escritas pueden citarse como las principales:

Noticia histórica sobre la República Oriental del Uruguay: Escena de la peste de 1871 en Buenos Aires: Instrucciones para la adquisición en los archivos europeos de documentos inéditos: Prólogo á la Historia de la Conquista del Paraguay (este prólogo, de 98 páginas en 4.º mayor, es una de las mejores obras del Dr. Lamas; merece ser conocido y estudiado): *Estudio sobre la fabricación de tejidos de lana, en el Río de la Plata: Apuntes históricos sobre las agregaciones del dictador argentino D. Juan Manuel Rosas: La legislación agraria de Ribadavia: Estudios sobre la legislación agraria de Ribadavia: Estudio histórico y científico del Banco de la provincia de Buenos Aires: Joaquín Suárez: La patria de Solís: Las lenguas americanas y Catalina II de Rusia*, y el primer libro del *Génesis de la Revolución.*

Con ser algo lo apuntado, mucho más es lo que deja inédito, figurando entre estos trabajos *Ribadavia y su tiempo*, una de las obras que con más cariño escribió el Sr. Lamas.

***

Estatua ecuestre del general Erasmo Gattamelata, en Padua, obra de Donatello. – En Padua, patria de Tito Livio y de Mantegna, levántase la estatua ecuestre del general Erasmo Gattamelata, caudillo ilustre que entre sus gloriosos hechos de armas cuenta el de haber defendido á Venecia contra las huestes de Sforza en 1438. Modelada por Donatello, ofrece la particularidad de haber sido la primera estatua de bronce que se fundió en Italia, revelándose en ella el vigoroso estilo y la genial concepción de aquel célebre maestro.

***

La sobrina y el ama de D. Quijote de la Mancha, cuadro de D. Juan Gilbert. – Figuras secundarias en la imperecedera obra de nuestro inmortal Cervantes, no parecen á primera vista muy á propósito para inspirar un cuadro el ama y la sobrina del ingenioso hidalgo; pero es tan maravillosa la composición de aquel libro, hállase el genio del incomparable autor de tal manera reflejado en los personajes menos importantes y en los incidentes más nimios, que nada de extraño tiene que después de bien estudiados los tipos hayan podido servir de tema para una obra maestra aquellas dos buenas mujeres á quienes tan á mal traer traían las chifladuras del manchego Quijano.

El hermoso grabado que del lienzo de Gilbert publicamos justifica el calificativo que le hemos aplicado y da perfecta idea de sus bellezas, pues en él se reproducen fielmente la corrección del dibujo, la severidad de la composición y sobre todo los efectos admirablemente entendidos de claroboscuro, cualidades que en tan poco suelen tener algunos modernistas y que revelan las excelencias de aquella buena escuela á que pertenece el autor del cuadro, que es uno de los más antiguos miembros de la Real Academia de Londres, en cuya última Exposición fué el suyo uno de los cuadros más elogiados.

¡Chist!, estatua de D. Juan Vancell (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – La expresiva fisonomía y actitud del chicuelo es un feliz hallazgo del joven y discreto escultor catalán Juan Vancell, quien en el resto de la bien modelada figura da á conocer sus aptitudes para el difícil arte que cultiva.

Otras obras de mayor importancia ha producido, mereciendo citarse entre ellas las estatuas de Goya y de Tirso de Molina, premiadas en la Exposición nacional, y el modelo del monumento que ha de erigirse en Alcalá de Henares al cardenal Cisneros, premiado también en público concurso. A estos méritos debe el que le reconoció la Academia de San Fernando y la plaza de pensionado en Roma que le concedió aquella docta corporación.

***

Las primeras lecciones, cuadro de C. von Stetten. – Esta composición, de un género íntimo y de extremada sencillez, está avalorada por la nota de sentimiento y por cualidades de ejecución sumamente notables. El autor, tomando el asunto de la vida ordinaria y desdeñando todo otro efecto que no fuese la verdad, nos presenta un grupo muy bien dispuesto, formado por dos niñas que aprovechan las lecciones de su hermana mayor, la cual se complace en enseñarles labores propias de su tierna edad.

La expresión de las fisonomías de las tres figuras es acertadísima y en todo el cuadro se descubre una observación concienzuda de la naturaleza y una hermosa armonía en la composición.

***

El acaparador de periódicos, dibujo de F. Coradam. – ¿Quién no ha tenido ocasión de ver en algún Ateneo, casino, café ó fonda á uno de esos lectores terribles que apenas llegan los periódicos del día se apoderan de cuantos les vienen á las manos y de muchos de los cuales no han de enterarse por falta de tiempo ó sobra de cansancio? Porque el rasgo característico del acaparador de periódicos, no tanto es el afan de leer mucho, como el deseo de dejar á muchos sin leer: ¡desgraciado del que pretenda disputarle la presa que él mismo no ha de devorar! Y lo peor del caso es que nuestro hombre cuando comienza su diaria tarea se figura de buena fe que ha de leer todos los papeles que coge, y se le antoja además que su ansia no podría quedar satisfecha si los deja sobre la mesa y á la disposición de los otros concurrentes.

Todos le conocéis, todos sabéis de memoria su tipo, sus prácticas y sus costumbres; pues bien: fijaos en el dibujo de Coradam y habréis de convenir en que el artista alemán estuvo verdaderamente acertado en la reproducción del uno y en la exacta pintura de las otras.

***

Campesina de la Umbría, cuadro de J. Sorolla. – En un período de tiempo relativamente breve ha recorrido Joaquín Sorolla el camino en que otros invierten algunos años. Apenas terminados sus estudios especiales en la Escuela de Bellas Artes de San Carlos de Valencia, dióse ya á conocer como pintor de grandes alientos por medio de un cuadro de tantas dimensiones como interesante asunto, titulado *Dos de Mayo de* 1808, que mereció una primera recompensa en la Exposición nacional de Bellas Artes. A este triunfo siguió el de su pensión en Roma y el de otro premio en la última Exposición nacional por su bella cuanto sentida composición *El entierro de Cristo*, en la que el pintor valenciano pudo dar completa muestra de sus cualidades de buen dibujante y excelente colorista.

La *Campesina de la Umbría* es un bonito estudio, recuerdo de sus viajes artísticos, altamente recomendable por su delicada tonalidad.

***

Salamanca. – Portada de la iglesia de S. Martín. – Es la iglesia de San Martín uno de los templos más interesantes y frecuentados de la histórica ciudad de Salamanca. Fundado en 1103 por los naturales de Toro, fué presa de un voraz incendio en 1854, que produjo el hundimiento de la nave mayor y la destrucción de un magnífico retablo, obra de Gregorio Hernández, verdadera joya por su arquitectura y estatuas y relieves que lo decoraban y embellecían. Aún pueden admirarse, sin embargo, los pilares bizantinos que sostenían la antigua nave, los arcos de comunicación apuntados, los de las bóvedas laterales, y en las capillas del ábside los suntuosos sepulcros de la familia Santisteban.

Uno de sus más bellos detalles es la puerta que reproducimos, que da frente á la gran plaza, apoyada sobre seis columnas y exornada su triple archivolta por florones, roscas y trepados círculos.

***

Un nido de miseria, cuadro de D. Leopoldo Romañach. – Este pintor cubano, pensionado en Roma por la Diputación provincial de Santa Clara, está por decirlo así en los comienzos de su carrera artística, que sigue en aquella ciudad bajo la dirección de nuestro ilustre paisano Enrique Serra. Las lecciones del maestro bien se adivinan en la obra del discípulo; pero es preciso confesar que éste ha sabido aprovecharlas, pues siendo el cuadro que nos ocupa el segundo en vío destinado á la corporación que le pensiona, y no conociendo el Sr. Romañach, hace dos años, ni siquiera las más elementales nociones del dibujo, fuerza es que en él aliente el genio artístico para en tan poco tiempo haber producido una obra como *Un nido de miseria*, que no vacilarían en firmar pintores de nota. En ella se revela el joven pintor como adepto á la escuela naturalista de buena ley, es decir, de aquella que reproduce lo que se ve cuando lo que se ve dice algo, que se vale de la copia del natural como medio para conseguir el elevado fin del arte; en suma, de aquella escuela que siendo realista en el procedimiento es esencialmente idealista en el fondo.

El Sr. Romañach en la carta con que acompaña la reproducción de su cuadro nos dice que LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA despertó en su alma tal entusiasmo por el arte, que desde entonces hizo propósito de dedicarse á él por completo.

Agradecemos esta manifestación que nos halaga, porque demuestra propósitos que producen los resultados que tanto deseamos.

Caza de patos, cuadro de D. José M. Marqués. – La naturaleza en sus múltiples manifestaciones, he aquí la fuente donde acude casi siempre Marqués en busca de inspiración y de modelo para sus cuadros; y á fuerza de admirarla y estudiarla ha logrado adquirir tal dominio sobre ella, que en todas sus composiciones flota ese ambiente de poesía que constituye el mayor encanto de los paisajes y que sólo puede ser trasladado al lienzo cuando el artista lo siente intensamente en el fondo de su alma. Bajo este concepto, *Caza de patos* es un cuadro bellísimo, y en punto á ejecución lo estimamos digno de figurar al lado de los mejores de su autor, mereciendo la Diputación provincial que lo ha adquirido plácemes sinceros de los que por el fomento de las artes se interesan.

***

Estatua de D. Eusebio da Guarda, erigida en la Coruña, obra de D. Elías Martín, fundida en los talleres de D. Federico Masriera y C.ª – Los rasgos de generoso desprendimiento por parte de los poderosos en favor de los pueblos han sido siempre debidamente apreciados; pero en la época positivista que atravesamos, en que el interés personal se sobrepone á todo y predomina el afán de atesorar, estos rasgos son por lo raros más dignos de profundo reconocimiento y de ser divulgados para que puedan servir de emulación y estímulo. Pocos casos habrá superiores en este sentido al que se está dando en la Coruña, ciudad verdaderamente afortunada, ya que cuenta con la respetabilísima personalidad de D. Eusebio da Guarda, quien prodiga los dones de su fortuna sobre su ciudad natal, dedicando á la construcción de edificios destinados á la religión y á la enseñanza el resultado de su trabajo y de los afanes de una vida ejemplarísima de labor y de honradez.

Dió comienzo á su laudable empresa reconstruyendo la antigua é histórica capilla de San Andrés para erigir después un soberbio edificio destinado á Instituto de segunda enseñanza y escuela de Bellas Artes, invirtiendo en la realización de tan importante obra, que dirigió el distinguido arquitecto D. Faustino Domínguez, la cantidad de 1.500.000 pesetas, sin contar las sumas importantes que ha debido satisfacer por el decorado que han dirigido el pintor D. Román Navarro y el escultor don Isidoro Brocos. Actualmente propónese comenzar en breve la construcción de un nuevo edificio destinado á tres escuelas de niños y niñas pobres.

En justa correspondencia á tan grandes beneficios ha recibido el Sr. Guarda señaladas pruebas de gratitud del pueblo de la Coruña, que acaban de traducirse en la erección, por suscripción popular, de una estatua de tan insigne patricio, ejecutada por el notable escultor D. Elías Martín, de la Real Academia de San Fernando, y fundida en los talleres de D. Federico Masriera y C.ª, de Barcelona.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que se asocia siempre á todo cuanto sea noble y digno, no titubea en unir su aplauso al del pueblo coruñés, rindiendo un tributo de consideración á uno de sus más ilustres hijos.

ESTATUA DE D. EUSEBIO DA GUARDA, erigida en la Coruña, obra del escultor D. Elías Martín
Fundida en los talleres de D. Federico Masriera y C.ª



LA HERMOSA NATALIA

POR CARLOS IRIARTE. – ILUSTRACIONES DE MAROLD

Una tarde del invierno último, hallándonos en el club, y apoyado tú en la chimenea, me preguntaste bruscamente, querido Máximo, con ese tono sarcástico que tu noble corazón, tu rectitud y tu alma sensible desmienten, «cómo me habían pescado...» y por qué, verdadero parisiense de nacimiento y de raza, como lo era también por mis relaciones y costumbres, había trasladado mis lares hacía veinte años allende el estrecho, cazaba el zorro en los condados en vez de hacerlo con vosotros, y no me presentaba en París sino en raras ocasiones y siempre de paso.

Por reducido y simpático que fuese el círculo de amigos reunidos aquel día en nuestro salón, ni el lugar ni la naturaleza del relato que deseabas me permitían contestar; pero prometí hacerte un día mis confidencias, y ahora cumplo mi palabra. Será un relato en *tono menor*, una de esas confesiones que se hacen en voz baja á un amigo del corazón á quien no se teme dejar ver el fondo del alma, hablarle de tristezas profundas, de la embriaguez de un día y de los goces tranquilos de una existencia que estará en adelante al abrigo de las tempestades de la vida.

Era el año 1867, el de la Exposición Universal: en París reinaba el bullicio, y la vida era febril; entre nosotros se albergaban los más de los príncipes de Europa, emperadores, reyes, el sultán; y desde el czar y el jefe de los creyentes hasta el orgulloso montenegrino, todos habían abandonado su reino para asistir á una especie de apoteosis de las artes y de la industria del mundo entero. Menudeaban las galas, las revistas y manifestaciones sin fin, y cada parisiense (me refiero á aquellos que son algo cosmopolitas por sus viajes y sus relaciones de familia) tenía sus huéspedes, de los cuales habíase constituído cicerone, y á quienes hacía, como mejor le era posible, los honores de ese hermoso París, que tres años más tarde... Pero no se trata ahora de esto.

Cierta mañana anunciáronme la visita de un inglés, Sir W. W..., que llegaba directamente de las Indias y presentábase provisto de una carta de recomendación firmada con el nombre de un amigo cuyo incógnito es difícil de respetar, porque su nombre se ha hecho célebre en ambos hemisferios. Secretario de lord Elgín á los veinte años, O... había recorrido ya todo el imperio de las Indias, franqueado el Himalaya y dado caza al tigre y al elefante con los más poderosos rajaes; á los treinta años, cuando ocurrió la sublevación en Yedo, crucificáronle á la puerta de la legación inglesa, y cruelmente martirizado escapó por milagro de la suerte de nuestro compatriota Escayrac de Lauture; á los treinta y cinco, individuo del Parlamento inglés, escritor de mucho valer por el relato de sus viajes y sus novelas de costumbres, después de sufrir peripecias que tenían más de fantástico que de real, había renunciado á todos los bienes de este mundo, rechazando los honores, la fortuna, la gloria, el prestigio adquirido por una existencia borrascosa, un hermoso nombre escrito con la punta de la espada y un desinterés raro, unido á las más preciosas cualidades de seducción personal. Desengañado de muchas cosas, había ido á establecerse en las orillas del lago Erié, sometiéndose á privaciones voluntarias, al trabajo manual, á vivir en el seno de la naturaleza, buscando la verdad en una tranquila exaltación. Más tarde, elevándose siempre y desprendiéndose más de todo lazo terrestre, espiritualizado hasta el punto de no interesarse ya en los grandes acontecimientos que agitan el universo, mi amigo, que había llegado á ser jefe de una secta y de una religión, vivía en Haïfa, á dos días de Jerusalén, y desde allí lanzó aquellos escritos singulares y apocalípticos en que anunciaba al mundo la buena nueva.

Sir W. W... fué muy bien recibido: hijo de un almirante inglés, perteneciente á una de esas nobles familias sin título, designadas en Inglaterra con el nombre de *Good Family*, la reina acababa de reconocer sus servicios nombrándole *baronet*. Agregado muy pronto al ministerio de Estado, llegó á ser presidente en uno de los distritos del gobierno de las Indias, y aunque contaba poco más de cuarenta años, adquirió el derecho de volver á la metrópoli después de una brillante carerra. Su salud, por otra parte, se hallaba algo quebrantada, pues no escapó de las fiebres, esa terrible calamidad de las Indias, de la que estuvo á punto de ser víctima. Seguro de ser admitido en el Parlamento por sus relaciones de familia y el aprecio del jefe de su partido político, Sir W. volvía á sostener su candidatura en un condado en que acababa de ocurrir una vacante. Antes de volver á Inglaterra, quería aprovechar aquella ocasión única de ver París, la ciudad del prestigio, en circunstancias que no se reproducirían jamás.

Se habla mucho de lo repentino del amor; pero la simpatía y la amistad se inspiran aún más súbitamente, y sin menospreciar el atractivo divino, los lazos que crean son más duraderos. A los ocho días, Sir W... y yo éramos amigos; me había referido todos los detalles de su vida, y ya la conocía bien. Parecíame conocer á su padre, viejo marino que le adoraba; y hasta leía á veces las cartas de su madre y las de su única hermana, Natalia, mucho más joven que él, y á la cual profesaba el más acendrado cariño. Como yo era entonces soltero y estaba del todo libre, vivíamos cual dos hermanos, sin separarnos casi nunca; y mis amigos, no viendo en él sino la superficie, es decir, un hombre discreto, muy silencioso, de una timidez y reserva increíbles, no comprendían bien qué género de interés me inspiraba tan súbitamente aquel recién venido, á quien conocía desde hacía pocos días y que, en el orden probable de las cosas no volvería á ver, ó por lo menos á tratar nunca. Por eso cuando iban á invitarme para alguna partida y yo tenía ya compromiso con Sir W..., solían decir siempre: «Villemer está con su inglés,» y nosotros nos reíamos de esto.

La chispa había brotado: Sir W... que leía en mi alma como yo en la suya, renunciaba conmigo á toda timidez, comprendía perfectamente mi lenguaje incorrecto, así como yo todas sus frases, expresadas en un idioma que no poseía bien; y mientras irritado al ver que los demás manifestaban extrañeza por su manera de pronunciar, permanecía mudo ante ellos, en nuestras conversaciones privadas sus palabras no producían nunca en mí duda alguna; mi amigo hablaba sin dificultad, y hasta con cierto calor que le permitía extenderse en el asunto de que tratara. Esto era sin duda el privilegio de una simpatía instintiva, pues no se me ocultaba que se hubiera podido en-

contrar á Sir W... en un círculo francés sin comprender á primera vista su carácter elevado, ni hasta qué punto su energía latente y su verdadera superioridad le convertían en un hombre excepcional.

Gracias á las relaciones personales de William y á su categoría, fué admitido desde luego en todas nuestras fiestas oficiales, á las cuales yo le acompañaba; la simpatía recíproca bastó además para que mi círculo privado de amigos fuera el suyo propio; la afición y curiosidad que manifestaba por aquellas pompas y espectáculos, así como el agradecimiento que mostró por el menor servicio prestado, interesáronme mucho, y á pesar mío me lancé en la corriente mundana más de lo que hubiera deseado. Hasta me complacía en hacerle ver lo más inferior de París, revelándole los secretos que allí se ocultaban; asistimos también á las grandes recepciones notables, entre otras al famoso baile de la embajada de Rusia, donde, la misma noche del pistoletazo de Berezowski y algunas horas después del atentado, veíamos reunidos en el salón del conde de Budberg al emperador Napoleón III, al czar, á los dos czarewichs, al que debía ser primer emperador de Alemania y al conde de Bismarck, que no era aún príncipe ni árbitro de Europa. Fuera de esta región esencialmente oficial y de aquella fiesta de aparato, como Sir W... se mostraba muy curioso respecto á las personalidades de todo género, híceles conocer á nuestros escritores y artistas ilustres; le presenté en los teatros y en los palcos de las divas y de las estrellas del baile; y, Dios me perdone, tomó parte conmigo en algunas cenas de las que no debía hablar á su familia.

La permanencia de mi amigo en París no debía prolongarse más de ocho días; pero al cabo de un mes aún no hablaba de emprender el viaje, apurábamos la copa de los placeres, y gracias á él, yo descubría París con sus monumentos, sus curiosidades y atractivos. El método de vida, no obstante, estaba bien ordenado, y mis estudios no se resentían de ella, pues Sir W... como todos los hombres que han vivido en la soledad, era aficionado á concentrarse en sí mismo; escribía mucho, leía más, y de este modo respetaba mis horas de retiro. Cuando entraba en mi gabinete á la hora convenida, si me veía ocupado tomaba un libro y disimulábase de tal modo, que podía olvidar su presencia.

Cierto día, después de una separación forzosa de veinticuatro horas, le esperaba en casa y no se presentó; y como siempre era muy puntual, sin dejar transcurrir apenas el cuarto de hora de gracia corrí á su hotel. No había elegido uno de esos modernos establecimientos en que el viajero se convierte en un número y no deja huella de su paso, sino en un antiguo hotel parisiense, sin etiqueta, sin lujo exterior, sin vastos salones ni comedores magníficos; era una casa reducida por su dimensión, cómoda, discreta, de buen tono, ocupada siempre casi toda ella por extranjeros distinguidos, llegados como mi amigo para pasar una temporada en París y que poco á poco se aficionan al nuevo género de vida. Así, pues, allí no existía lo casual, y el Sr. Pablo, hombre importante que administraba aquél hotel de familia, hubiera exigido probablemente buenos informes al que se hubiese presentado á pedir alojamiento después de apearse del tren. Uno de los tíos de Sir W. que iba á menudo á París en tiempo de los Pembroke, de los Hamilton y de los Hertford, había vivido en casa del Sr. Pablo durante largos años; el sobrino llevaba el mismo nombre por una tradición de familia, y Sir W... fué al hotel directamente.

Como yo conocía á todos los de la casa, introdujéronme en los corredores sin encontrar á nadie, y llamé á la puerta de la habitación ocupada por mi amigo; no obtuve respuesta, y por lo tanto abrí la puerta sin vacilar, pero en el umbral detúvome ese olor acre que ofende la garganta cuando se entra en la estancia de un enfermo. La mesa estaba cubierta de frascos con marbetes y medicamentos; en la alcoba, con la cara vuelta á la pared y casi oculta por la colcha, Sir W... yacía en su lecho tiritando de fiebre, con el cabello adherido á la frente; el cuerpo temblaba á intervalos y agitábale un estremecimiento convulsivo. Interrogué con dulzura al enfermo, que se esforzó para volverse hacia mí, y hasta pudo sonreir con expresión benévola. Su voz no era ya la misma y en sus miradas había vaguedad; y á juzgar por lo repentino del mal, no se podía dudar que Sir W... era presa de un ataque de la fiebre palúdica, de ese mal terrible de que había escapado ya y que importaba conjurar en el acto, so pena de ver al paciente calcinado por el fuego interno. Y mi amigo estaba allí, solo, abandonado en aquella gran casa, donde se agitaba, no obstante, todo un pueblo de servidores. Al punto adopté mi resolución; dentro de una hora trasladaría á Sir W... á mi domicilio, y allí, con ayuda de médicos enérgicos y amigos seguros, le cuidaría y triunfaría del mal. Llamé, pues, al dueño de la casa, y con ese aire de autoridad que impone, interroguéle sobre las circunstancias del hecho. ¿Cuándo había sufrido el ataque Sir W...? ¿Qué se hizo para conjurar la enfermedad y qué se pensaba hacer? ¿Por qué, en fin, se dejaba al enfermo solo y como abandonado en semejante crisis?

El Sr. Pablo, al reconocer el carácter grave de la crisis, no tuvo más que una idea fija, no pensó sino en desembarazarse del enfermo para no espantar á sus demás huéspedes; así es que, al manifestarle mi resolución, sintióse aliviado de un gran peso, tanto más, cuanto que en una reducida habitación contigua á la de mi amigo alojábase hacía más de diez años una anciana señora rusa, su mejor parroquiana, á quien la muerte infundía un miedo terrible.

«Reflexione usted, díjome el dueño, qué desastrosa sería para mí una desgracia en la casa en lo mejor de la temporada. ¡Tendríamos aquí colgaduras negras y un entierro!...»

Y según el Sr. Pablo, yo sería un bienhechor y modelo de los amigos. Añadió que no se debía acusarle de indiferencia; que su establecimiento era una verdadera casa de confianza donde se dipensaban al viajero todos los cuidados de la vida en familia, y que en aquella ocasión no había faltado á su deber. El médico inglés visitaba al enfermo dos veces diarias, y habíase remitido un telegrama al cuñado de Sir W..., con quien el dueño mantenía relaciones directas y cuya contestación se esperaba. Por último, apenas observó el primer síntoma del mal, como ignoraba mi domicilio, el Sr. Pablo avisó á dos jóvenes compatriotas de Sir W... cuyos nombres y señas me dió.

Entonces recordé, en efecto, que William me había presentado á sus jóvenes amigos en una comida con que nos obsequió en el café Voisin. En su consecuencia, antes de poner mi proyecto en ejecución, juzgué oportuno consultar á dichos señores y ver después al médico, exigiendo por el pronto al dueño del hotel que enviara á buscar una enfermera para mi amigo.

Al doctor no se le encontraba en ninguna parte; y en cuanto á los dos jóvenes ingleses, cuando me presenté en su casa hallábanse en el terrado de las Tullerías jugando á la pelota. Dirigíme allí muy excitado é inquieto, sin conservar tal vez toda la calma necesaria para dar cuenta del incidente. Esperé algún tiempo en el terrado, y después me introdujeron en una especie de palco cerrado, desde donde veía á dos jugadores, vestidos de franela blanca y cubierta la cabeza de un casquete con galón de oro, devolverse la pelota hábilmente, muy atentos y sobrexcitados. La voz del mozo encargado de señalar los tantos resonaba sola en aquel vasto espacio vacío, é impacientábame ya, aunque comprendía que aquel momento no era el más oportuno para desempeñar mi cometido.

Terminada la partida, los jugadores vinieron al fin, sin detenerse apenas para enjugarse el sudor que inundaba sus frentes, sin despojarse de sus chaquetones de lana y muy preocupados del objeto de mi visita. Les expuse con mucha vehemencia el asunto que allí me llevaba, procurando hacerles comprender la responsabilidad en que todos nosotros íbamos á incurrir si un hombre como Sir W..., un amigo tan leal, una persona tan distinguida, una inteligencia tan superior, sucumbía en la triste habitación de una posada. Pinté con vivos colores el dolor del almirante, el de la madre y el de la hermana, que todos los días esperaban sin duda ver desembarcar al que aguardaban y á quien creían sano y salvo á poca distancia de ellas, y que solamente había retardado su regreso para disfrutar de los grandes espectáculos de París. ¡Qué decepción! ¡Qué dolor para ellos y qué responsabilidad para nosotros!

Hablando así con animación en aquel gran espacio vacío y sonoro, mi propia voz hería mis oídos y el eco me devolvía mis palabras; y parecióme que mis dos interlocutores, perfectos caballeros, pero muy tímidos, como lo son á menudo los ingleses, juzgaban mi exaltación exagerada y mi proceder algo inconveniente. Más sorprendidos que impresionados por mis palabras, escucháronme sonrojándose, visiblemente confusos, y solamente obtuve, no sin gran esfuerzo, del que tenía más edad algunas palabras llenas de reserva pronunciadas en voz baja, como para hacer contraste con mi viveza. Golpeando con la pala que aún llevaba en la mano la punta de su sandalia, el joven insular me dijo con cierta firmeza que nuestro amigo Guillermo no estaba solo en el mundo; que además de sus ancianos padres, cuya residencia no conocían exactamente mejor que yo y á quienes no se debía alarmar prematuramente, tenía un tío, lord H.... conocido de todos, ciertamente de avanzada edad, pero bastante vigoroso aún para trasladarse á París, tanto más, cuanto que era viudo y sin hijos y el más próximo pariente de Sir W..., á quien designaba como heredero de una fortuna considerable y del más noble título. Por último, con una ligera animación y al parecer esforzándose mucho, mi interlocutor me hizo comprender que aquella manera de intervenir en los asuntos ajenos sin ser invitado á ello era un proceder puramente *francés* nada conforme con sus costumbres y conveniencias, y que tal vez yo me extralimitaba en mis derechos. Como hombre prudente, hasta me aconsejó que lo pensase bien antes de incurrir en la responsabilidad de trasladar á Sir W... á mi casa.

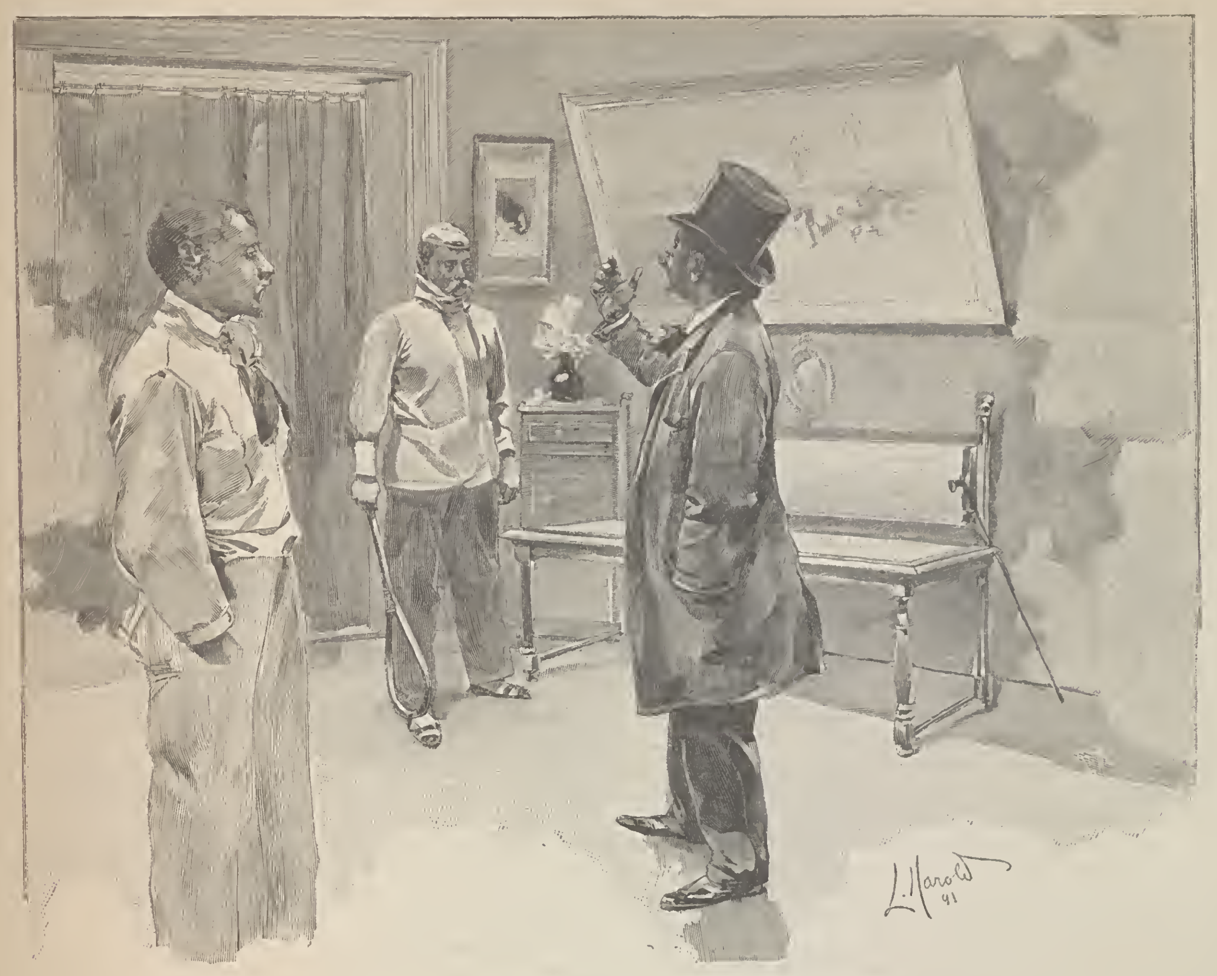
Más sereno ya cuando estuve al aire libre, y al mirar la brillante multitud que bajaba por la gran avenida, de regreso del bosque, experimenté cierta turbación al pensar en los razonamientos de los jóvenes amigos de Sir W... y aunque firme en mis propósitos, dudaba ya del derecho de la amistad y del deber que ésta me imponía. Pero ¿cómo olvidar el rostro pálido y las facciones descompuestas de aquel enfermo rodeado de personas indiferentes? Si se hallara en peligro, si llegase á morir solo, lejos de los suyos... ¡Qué remordimiento no sería para mí! Antes de entrar en mi casa volví al hotel. El Sr. Pablo había buscado ya una enfermera, y encontré al médico de la embajada á la cabecera del lecho de mi amigo. Como me lamentase de aquel singular estado del enfermo, que ni siquiera echaba de ver nuestra presencia, según me pareció, y permanecía inerte con la cara vuelta hacia la pared, el doctor, muy entendido en aquellas fiebres perniciosas, aseguró que aquella postración era común en semejante enfermedad y que no debía espantarme. Un poco tranquilizado con la suerte de mi amigo, salí para volver de nuevo al poco rato, y ya no me separé de él hasta el amanecer. Seguía entregado á un sueño febril, el sudor inundaba su frente, y cuando por casualidad abría los ojos, sus miradas eran vagas; de modo que no tuve la satisfacción de hacerle comprender que ya no estaba solo y que yo velaba.

Era ya muy de día cuando entré en mi casa, con el propósito de no dormir sino algunas horas y volver cuanto antes á cuidar de mi amigo. Al principio no podía conciliar el sueño, mas al fin sucumbí á la fatiga, y los criados, que conocían la causa de mi inquietud, guardáronse bien de interrumpir mi reposo. Yo había dado órdenes formales para que me llamaran en el caso de recibirse algún recado del hotel, y al despertar, avergonzado de haber dormido tanto, tuve en cambio la satisfacción de saber que no me habían enviado recado alguno. Vestíme presuroso, y sin detenerme apenas para tomar algún alimento, á pesar de las observaciones de mi anciano criado, corrí á los Campos Elíseos; en la portería del hotel y en el pequeño patio no encontré á nadie; era la hora de comer y todo el personal de la casa estaba ocupado en el servicio de la mesa redonda. Poseído de esperanza y de temor, y esforzándome para ocultar mi emoción, habíame detenido en el umbral del aposento de Sir W... cuando de pronto abrióse la puerta, precipitándose al punto un vivo resplandor en el obscuro pasillo, y hube de apartarme para dejar paso á un eclesiástico joven, de larga barba rubia, cuya gravedad y acento solemnes me hicieron sentir frío en el corazón.

La estancia estaba iluminada como un altar; la enfermera arreglaba algunos objetos; y de pie ante una mesa de despacho, cuyos cajones se hallaban abiertos, un personaje desconocido parecía tomar nota de los papeles de Sir W... Quedé inmóvil, como si mis pies hubiesen echado allí raíces; los grandes cortinajes me ocultaban aún la vista del enfermo; mas al dar un paso, le vi ligeramente incorporado sobre su almohada, con los brazos fuera del lecho, desencajado ya por la muerte y como sumido aún en profundo sueño.

Sir W... había exhalado el postrer aliento hacía algunas horas á causa de la violencia de una fiebre perniciosa que no cedió ni un instante á las medidas más enérgicas, presa de un constante delirio, sin reconocer á nadie y sin tener por desgracia persona alguna á quien reconocer, puesto que todo cuanto le rodeaba era extraño para él. Por la solicitud del doctor, que conociendo mi quebranto y mi fatiga no quiso avisarme, un delegado del cónsul, autorizado por la embajada, asumía, haciendo las veces de la familia, la responsabilidad de todo. El tío de Sir W... debía llegar de un momento á otro, y entretanto el agente ministerial desempeñaba su misión con esa reserva especial de los ingleses y de las personas que ejercen tales cargos. El empleado no parecía notar mi presencia, y mostrábase tan frío, tan ajeno á mí que ni siquiera osé interrogarle.

Mientras trataba de dominar mi profunda emo



Les expuse con mucha vehemencia el objeto que allí me llevaba

ción, arrodillado al pie del lecho, aquel hombre preguntó á la enfermera qué grado de parentesco me unía con el difunto, y al saber que yo era un amigo de poco tiempo, continuó flemáticamente su inventario como si yo no tuviera derecho ni deber alguno ante aquel lecho mortuorio. Por mi parte, esforcéme para reprimir los sollozos, persuadido de que mi dolor debía parecer excesivo y singular.

En la tarde del día siguiente estábamos todos en el templo de la calle Roquepine, adonde se había llevado el cadáver la víspera cuando cerró la noche. El Sr. Pablo había conseguido á fuerza de pasos por aquí y por allá que no se cubriera de luto la puerta del hotel, pues la condesa rusa no se habría repuesto del susto: ya sabemos que todo cuanto recuerda la muerte es un espectáculo cruel para toda esa alegre sociedad que sin fijarse en parte alguna recorre todas las capitales en busca de los placeres y diversiones. La nave estaba desierta; cinco personas solamente asistían al oficio de difuntos, sin que hubiera un curioso ni un transeunte; y al entrar en el templo, entristecido por aquel abandono, aparenté ser indiferente y me senté en el tercer banco. En el primero vi de pie un anciano de aspecto majestuoso, con corbata blanca, muy pulcro en su traje, fresco y sonrosado, con el cabello blanco como la nieve, y con uno de esos perfiles á lo Wéllington que hacen pensar en los hermosos retratos de Sir Thomas Lawrence.

Aquel hombre no podía ser más que lord H... individuo del consejo privado de la reina; y junto á él estaba el secretario particular del embajador de S. M. Británica, S..., siempre inmutable y con el lente calado. Aquel era el banco de la familia; detrás vi á los dos jóvenes ingleses de la antevíspera, muy concentrados en sí y vestidos con propiedad para tal ceremonia; detrás de ellos, en fin, hallábame yo solo y triste, sin más vecino que el camarero que sirvió á Sir W... durante su enfermedad, y que representaba oficialmente al Sr. Pablo, conocido en toda Europa por su solicitud para con sus parroquianos.

Conocida es la impresión que en nosotros producen las grandes ceremonias del culto evangélico, esas paredes frías, esa falta de pompa, la palabra grave del Reverendo, familiarizado con la muerte, que pronuncia siempre con el mismo acento las oraciones dispensadas por igual á todos aquellos cuyos despojos devuelve á la tierra; agréguese á esto la soledad y el abandono alrededor del ataúd, y se comprenderá mi tristeza.

¡Qué funerales para aquel sincero amigo, para aquella alma pura y aquel buen servidor de su patria! ¡Cuánto más hubiera preferido la muerte en plena mar, bajo el cielo azulado del Atlántico, y la inmersión sublime en las misteriosas profundidades en medio del estrépito de las salvas del buque, mezclado con el murmullo de las olas y los cantos fúnebres de los ancianos marinos de la orgullosa Albión!

Sin embargo, yo debía cumplir una misión sagrada para mí. Sir W... me había confiado, desde el momento en que intimamos, varios objetos que él creyó más seguros en mi poder que en una casa de huéspedes, figurando entre ellos en particular una caja que contenía documentos y numerosos presentes destinados á varias personas de su familia, tales como armas de gran valor, muestras de las maravillosas industrias de la India, y telas brillantes, que en nuestras casas europeas conservan un reflejo del sol de Oriente. Ahora bien: á pesar de nuestras largas confidencias, yo no sabía nada exacto sobre la familia de William; recordaba, á decir verdad, el nombre de Beldorny, donde estaban fechadas las cartas de su madre y de su hermana, y también sabía que así se llamaba la quinta que habitaban en una de las islas del grupo de Wight; pero á esto se reducía todo. Sin embargo, como el jefe de la familia estaba allí, propúseme rogarle que se encargara del depósito y dijera á los ancianos padres de William, para quienes la noticia de su muerte sería un golpe mortal, que en París quedaba un amigo de su hijo, que compartía su dolor y conservaría piadosamente su recuerdo.

Con la última oración todo terminó; el cadáver debía ser expedido aquella misma noche á Inglaterra, acompañándole lord H... y por lo tanto no había que vacilar. Cuando vi que aquellos señores se despedían, cambiando un ceremonioso saludo sin mirarse siquiera, adelantéme hacia el mayor de los dos ingleses y le rogué que me presentara al tío de William antes de salir del templo. Ninguno de ellos le conocía; su amigo S..., el secretario de embajada, le veía también por primera vez, y aun esto oficialmente y obedeciendo á la orden de su jefe; de modo que ninguno de ellos se creía con derecho, sobre todo en aquel lugar y en tales circunstancias, á dirigir la palabra á lord H... y menos aún á presentarle un extranjero.

Volvía á tropezar otra vez con ese odioso respeto humano, esa fría reserva, puramente convencional, que es una manifestación de nuestro orgullo, y que la sencillez y la buena fe, dictadas por la naturaleza y la verdad, tendrían derecho á rechazar.

Así, pues, aquel anciano y yo, que habíamos conocido y amado al que reposaba en el ataúd, no podíamos cambiar algunas palabras de mutua simpatía, dirigirnos una frase de consuelo y unir nuestras oraciones dándonos el pésame. Hubiera sido una *inconveniencia* de parte mía ir á inclinarme ante aquel octogenario y rogarle que llevase á los ancianos padres, que esperaban aún al que no debían ver más, una palabra de sentimiento del amigo que recibió sus últimas confidencias. Apenas tenía derecho, como hombre de mundo, para inclinarme ligeramente con los ojos secos y el corazón tranquilo al pasar por delante de lord H...

Y esta vez también, apenas estuve en la calle, más sereno, díjeme para explicar esta monstruosa reticencia que yo era víctima de una situación fatal y de las convenciones mundanas que están en uso en una sociedad extranjera no bien conocida por mí. Ni el lugar ni la hora autorizaban á un desconocido á presentarse al anciano; y en cuanto á los jóvenes cuya frialdad yo censuraba, ¿qué eran después de todo para aquel á quien yo lloraba? Amigos de sociedad que se encuentran en el club y que, presentados por pura formalidad, podrían vivir veinte años junto á otro hombre sin haber oído jamás latir su corazón ni sorprender el secreto de un pensamiento íntimo. ¿Quién osaría decir, por lo demás, que bajo esa reserva y esa glacial actitud el corazón de un insular late menos acelerado que el nuestro, que sienten menos que nosotros?

En fin, y preciso es reconocerlo, nada autoriza á un inglés de cierta sociedad á dirigir la palabra á otro sin haber sido *presentado*. Decíame todo esto, repetíamelo y reconocía una vez más que si estaba condenado al silencio y al aislamiento ante aquel ataúd era porque debía ser víctima de las circunstancias.

En su consecuencia, no quise insistir, y sin más vacilaciones dirigíme á mi domicilio para recoger la caja que se me había confiado y que entregué con las formalidades legales al oficial consular que entendía en los asuntos de mi difunto amigo.

Así quedaba roto hasta el último lazo; aquella dulce amistad en la que cada hora equivalía á un año para afirmarla y acrecentarla; aquella comunidad de miras, de ideas, de sentimientos y de filosofía, gracias á lo cual Sir W... y yo podíamos considerarnos como dos seres que se habían reconocido por hermanos; todo esto no era ya sino un recuerdo que ni siquiera me sería dado compartir con aquellos que habían amado al difunto Sir W...

Era forzoso, pues, sepultarle en el fondo de mi corazón para conservarlo como un tesoro, sin permitir que por causa ninguna se borrase jamás de mi memoria aquel placentero recuerdo de tan preciada amistad.



Aquel hombre no podía ser más que lord H. .

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

SOPLETE DE ESENCIA MINERAL Y TERMO-CAUTERIO

El doctor Paquelín ha presentado recientemente á la Academia de Ciencias de París dos comunicaciones sucesivas referentes á dos nuevos aparatos sobre los cuales creemos conveniente llamar la atención de nuestros lectores.

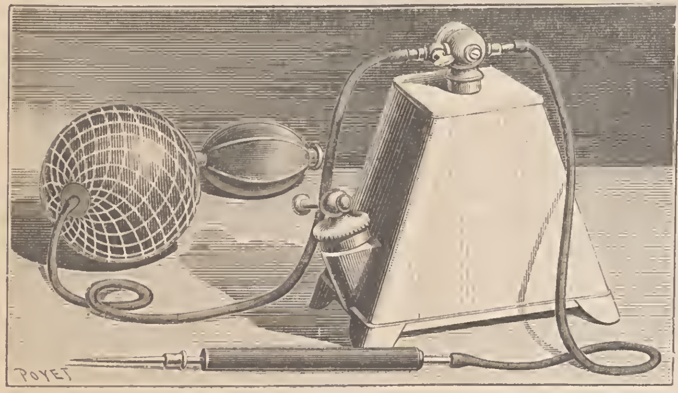


Fig. 1.—Soplete de esencia mineral de M. Paquelín

Comencemos por el soplete de esencia mineral (fig. 1): consta el aparato de una doble pera de caucho formando fuelle á doble viento que se hace funcionar con el pie ó con la mano, de un recipiente metálico que forma carburador y del soplete propiamente dicho. El aire expulsado de la doble pera atraviesa el carburador en donde, pasando al través de un tubo sumergido, se carga de una esencia mineral de venta corriente, la *benzolina*. Esta substancia es el combustible de la lámpara Mille y pesa de 700 á 710 gramos el litro. M. Paquelín emplea también como saturador un pulverizador llamado sistema Giffard, por medio del cual el aire expulsado por el fuelle, después de haber pulverizado el líquido combustible se impregna de sus vapores.

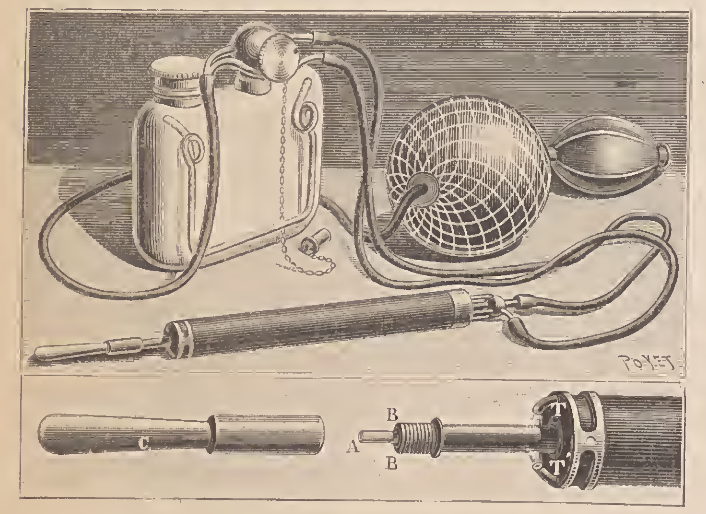


Fig. 2.—Termo-cauterio, nuevo modelo de M. Paquelín.—C. Detalle de la punta del termo-cauterio.—A. Tubo que proyecta el aire carburado.—BB Tubo para restituir los productos de la combustión.—TT. Canales condensadores del vapor de agua.

Lo que caracteriza al carburador es su espita dosífico-mezcladora y cuyos llave y tubo presentan una estructura especial: en efecto, la llave, que gira en un espacio de una semicircunferencia, tiene en su superficie una ranura inclinada sobre su eje: el tubo está canaliculado de tal manera que una parte del aire del fuelle va directamente al carburador. Así lo indica el aspecto mismo de la llama del soplete, que ora ampliamente teñida de blanco y fuliginosa en un principio, ora insuficientemente alimentada de vapores hidrocarbonatados, va purificándose cada vez más hasta tomar un color azul violáceo muy puro y en extremo límpido. Cuando llega á este punto es señal de que ha alcanzado su máximo de intensidad calorífica, y su color tiene el brillo aterciopelado de una pintura á la aguada. De este modo se utiliza el combustible en el máximo de su intensidad.

El soplete está formado por un solo tubo, como el que usan los joyeros; su originalidad está en la disposición de su pico, que emite dos clases de llamas: una central, de punta muy afilada y pequeñas llamas laterales, en forma de pétalos ó de corona, según la dirección de sus canales, los cuales sirven para alimentar aquélla y mantenerla en actividad. Con la llama así obtenida puede lograrse un principio de fusión del platino. Colocando una espita de estructura ordinaria entre el fuelle y la espita dosificadora, se gradúa á voluntad la altura de la llama del soplete, pudiendo de este modo graduarse sus dimensiones diametrales, á cual efecto basta modificar las relaciones entre la sección del pico del tubo y la de sus agujeros laterales de alimentación. Así se obtiene una serie de llamas que miden desde uno á tres, cuatro ó más milímetros en su base.

El soplete que acabamos de describir podrá servir en los talleres y laboratorios y á los artistas pirograbadores para esfumar sus maderas.

La fig. 2 representa el tan conocido termo-cauterio de M. Paquelín. El carbusador es de metal como el anterior, pero de sección rectangular y puede adaptarse á la cintura por medio de un garfio, cuyos anillos sirven de pinzas para dividir el cauterio en caso de rozadura. En este aparato no hay tubo sumergido; la esencia mineral va aprisionada en esponjas, lo que imposibilita todo derramamiento del líquido.

La carga del carburador basta para alimentar el cauterio durante diez horas por lo menos.

Los productos de la combustión son arrojados fuera de las manos del operador. Uno de éstos, el vapor de agua, que nace á cerca de 1.800 grados, es utilizado en los grandes cauterios para refrigerar el punto de partida y los canales que le siguen: el mango es barrido en su interior de arriba abajo por un chorro de aire tomado directamente del fuelle que choca en la parte inferior del mismo formando alrededor del portacauterio tres zonas de aire aisladoras.

Estas diferentes condiciones permiten reducir el mango del instrumento á tales dimensiones que puede ser utilizado como un lápiz, y la mano se encuentra muy cerca del campo operatorio; su diámetro no excede de 12 milímetros.

Los antiguos cauterios ensanchábanse de la punta á la base; los de M. Paquelín se ensanchan, por el contrario, de la base á la punta: únicamente la parte penetrante ha conservado sus primitivas dimensiones. De este modo el instrumento posee, con gran economía de platino, todas sus antiguas ventajas, convirtiéndose en un cauterio á manera de llave maestra, por decirlo así.

Los cauterios grandes no se diferencian, en punto á dimensiones, de los demás sino por el diámetro de la parte de platino.

Todos los cauterios están montados en una pieza de menos de seis milímetros de diámetro y todos se atornillan á un mismo mango; el autor ha reducido la variedad de las formas del cauterio á dos tipos principales y ha dispuesto su carburador de modo que los antiguos cauterios puedan ser utilizados.

La lámpara de alcohol del termocauterio primitivo queda suprimida: el único combustible que en la nueva se usa es la esencia mineral. El cauterio se ceba en una llama cualquiera ó con auxilio del soplete antes descrito, que también sirve en caso necesario para desgrasarlo.

Las aplicaciones del termo-cauterio de M. Paquelín son muchísimas, y el instrumento responde á todas las necesidades de la cirugía.

* * *

TRANSPORTE DE PAQUETES Á DOMICILIO POR MEDIO DE LA ELECTRICIDAD

En la última sesión de la *British association for advanement of Science*, Mr. A. R. Bennet ha presentado una memoria describiendo un sistema para el reparto de paquetes á domicilio en las ciudades por medio de la electricidad. Aunque el sistema tiene alguna analogía con el de Siemen, su autor le ha ampliado inspirándose en el mecanismo de los teléfonos. La instalación consiste en dos tubos sobrepuestos, de 60 centímetros de ancho por 90 de alto, dentro de los cuales circulan unos carritos movidos por la electricidad. Cada abonado tendrá en su casa un par de esos ramales, y cuando querrá enviar un paquete á otro pedirá á la central un carrito, lo cargará y avisará al centro el destino que deba dársele. Entonces la central lo expedirá al destinatario, y al llegar el carrito á casa de éste tocará un timbre y se descargará por sí mismo, regresando luego al centro. Una ingeniosa combinación de agujas eléctricas permitirá que los carritos tomen la dirección que se desee.

El sistema de transportes á domicilio de Bennet será indudablemente de utilidad suma, pero nos parece que la canalización de las calles para instalar los tubos ha de ofrecer grandes dificultades.



FÍSICA RECREATIVA

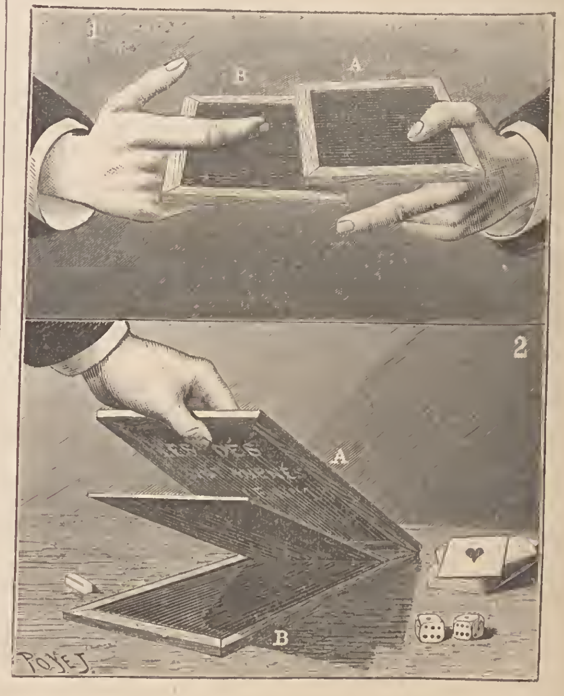
La prestidigitación descubierta. – Las pizarras espiritistas

Se toman dos pizarras con marco de madera y después de haberlas hecho examinar á los espectadores se coloca entre ellas un pedazo de tiza y se atan con una tirilla de caucho: á poco se oye el ruido de la tiza que escribe entre las dos pizarras la contestación á una pregunta, el nombre de una carta pensada, etc., y al separar aquéllas se ve que una de ellas está escrita.

He aquí la explicación de este prodigio. La escritura estaba ya en la pizarra A, pero sobre la misma habíase puesto un cartón negro delgado, que ocultaba los caracteres escritos. Al espectador se le da á examinar la pizarra B, y luego por medio de un escamoteo se le entrega la misma que ya ha visto en vez de darle la A que tiene el cartón: para ello se cogen las pizarras del modo que indica la figura 1 y se cambian de mano, lo cual no ofrece dificultades á un prestidigitador. Mientras el espectador examina por segunda vez la pizarra B, el operador coloca la otra sobre una mesa con la cara escrita hacia arriba, y cuando le devuelven aquélla pónela sobre la primera y las ata con la tira de caucho.

Entonces el prestidigitador levanta las pizarras con la mano izquierda, de la que sólo se ve el pulgar, mientras con el dedo medio rasca la cara posterior de la segunda pizarra, produciendo un ruido muy parecido al que origina la tiza al escribir. Cuando el operador juzga que esta farsa ha durado bastante, coloca las pizarras horizontalmente sobre la mesa, cuidando de que quede debajo la no preparada (figura 2), sobre la cual permanece entonces el cartón, al paso que la otra deja ver los caracteres que lleva escritos y que se dice trazados por un espíritu invisible.

No creemos necesario explicar minuciosamente de qué medios se vale el prestidigitador para conocer de antemano lo que ha de escribir en la pizarra. Sabido es que en la prestidigitación las supercherías constituyen uno de los principales elementos para operar. Así, por ejemplo, los dados cargados dan siempre los mismos números y en cuanto á saber qué carta escogerá un espectador, nada hay más fácil sabiendo obligar el naipe, ó valiéndose, si la ciencia del operador no llega á tanto, de una baraja en la que todas las cartas sean iguales.



Figs. 1 y 2. - Las pizarras espiritistas

La prestidigitación, por otra parte, es un arte rico en procedimientos que permiten simular la previsión del porvenir.

(De *La Nature*)



CAZA DE PATOS, cuadro de D. José M. Marqués, adquirido por la Diputación Provincial de Barcelona

Imp. de Montaner y Simón



AÑO X — BARCELONA 7 DE DICIEMBRE DE 1891 — NÚM. 519

UN ANIMAL RARO, *por Godefroy*



1



2

(Continúa en la pág. III)

NADIE ES VIEJO SI EL CORAZÓN ES JOVEN

Razón y sentido común hay en la expresión: «la edad del hombre está en el corazón,» es decir, que uno puede ser joven en años y sentirse viejo. Pueden faltar á uno la esperanza, la ambición y la energía y por consiguiente ser viejo en todos sentidos. Por otra parte uno puede tener setenta años y sentirse tan vigoroso que valga por seis de los que no han pasado la mitad en este mundo.

¡Qué lastima que la gente no sepa evitar las causas que nos hacen viejos y débiles antes de tiempo! Citamos un caso, uno entre miles.

La Sra. Mary Cuddy de Catherine Street 28, Richmond Road, Leeds, hace poco que contó á una amiga la historia de su vida y entre otras cosas, dijo: He sufrido enfermedades desde que era niña. Siempre he tenido dolores antes y después de comer y no parecía que podia nunca adquirir y conservar las fuerzas, sintiendo algo que me aniquilaba. Tenía una sensación rara y desagradable en el estómago. Algunas veces parecía que se aliviaba con el alimento y otras que se empeoraba. Por lo regular cuando me ofrecian alimento, no podía tocarlo y *frecuentemente me desmayaba nada más que de verlo.* Al cabo de tiempo me puse tan débil que no podía estar de pié ni andar. Creí que poco á poco me iba poniendo tísica y tomé toda clase de medicinas para aliviarme, sin tocar resultado.

A la debilidad y falta de apetito acompañaban síntomas y sensaciones malas, que me alarmaban mucho. Entre otras las siguientes: La piel y los ojos de color amarillento, algunas veces sudor frío y pegajoso, dolores en los costados, en el pecho y en la espalda, dolores de cabeza, una especie de gas que me venía á la boca tan agrio y nauseabundo, que no se podia sufrir, de cuando en cuando unas palpitaciones ó agitación extraña, que me hacian creer se había afectado el corazón. Siempre dormía mal y con frecuencia tenía sueños horribles y estaba tan melancólica y falta de ánimo, que á penas gozaba de placer alguno. Tenía tan pocas fuerzas, que todo lo que podía hacer era conservar el valor necesario para el trabajo, de que, al menos en parte, dependía el sustento de mi familia. Soy costurera y puede usted suponer la vida de trabajos que he pasado y que no creí podía durar mucho más.

No hace mucho que me decidí á probar una medicina que V. sabe se anuncia y conoce en todo el país, es decir, el Jarabe Curativo de la Madre Seigel. Al principio no tenía fe en él, por supuesto, pues, ¿cómo puede una creer en lo que no conoce? Compré y probé el Jarabe Curativo de la Madre Seigel solamente por su reputación. ¿Como es posible, me preguntaba, que tanta gente alabe así una medicina que no tiene virtud? Sólo puedo decir que he encontrado que era verdad lo que decían. A poco de empezar con el Jarabe siguió el alivio. Digería mejor el alimento, que me daba fuerzas, y siguiendo con el Jarabe desaparecieron todos mis dolores. Comia con gusto y todo me sentaba bien. De cuando en cuando, si por el mucho trabajo y la falta de aire, me da un ataque del antiguo mal, tomo una ó dos dosis del Jarabe Curativo de la Madre Seigel y de aquí no pasa.

La enfermedad de la Sra. Cuddy era indigestión y las palpitaciones del corazón que la atormentaban, no han vuelto desde que las funciones de la digestión se hacen bien y naturalmente. La razón es que la acción extraña del corazón era ocasionada por la presión del estómago, cuando este se llenaba del gas que producía el alimento fermentado.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales. Frasquito, 8 rs.

(Véase en la pág. II)

UN ANIMAL RARO, *por Godefroy*



3

(Continúa en la pág. IV)

(*Véase en la pág. III*)

UN ANIMAL RARO, *por Godefroy*



4.

Tipografía La Academia
Ronda de la Universidad, 6; Barcelona